

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número
contiene:*

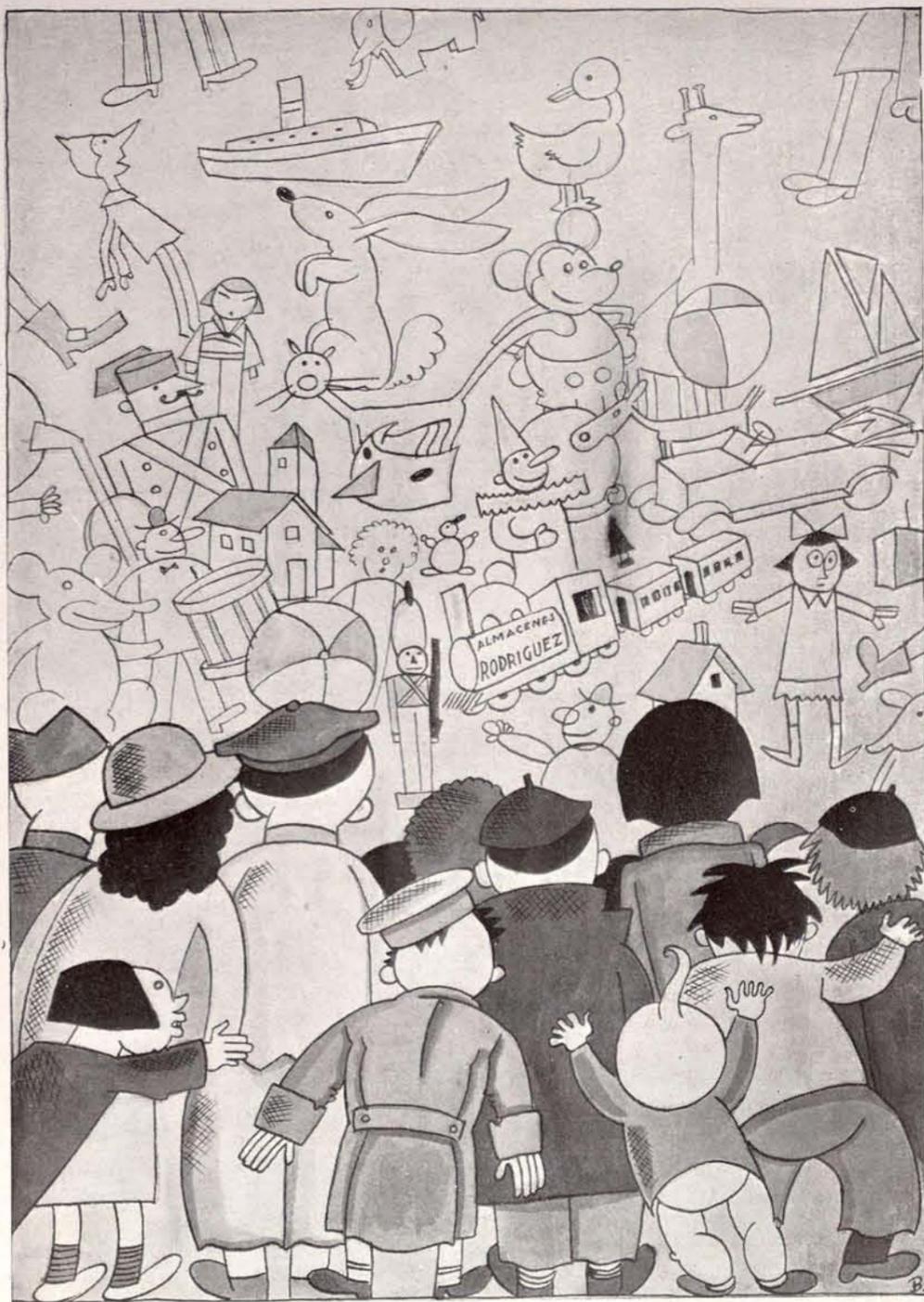
UN CUENTO DE
W. FERNANDEZ FLOREZ

♦
UN ARTICULO DE
MANUEL ABRIL

♦
UNA NOTA DE
MARCIAL LALANDA

♦
Dibujos de ARTECHE, M. ROSA
BENDALA, HORTELANO,
SANTONJA Y BILLIKEN

20 CENTIMOS

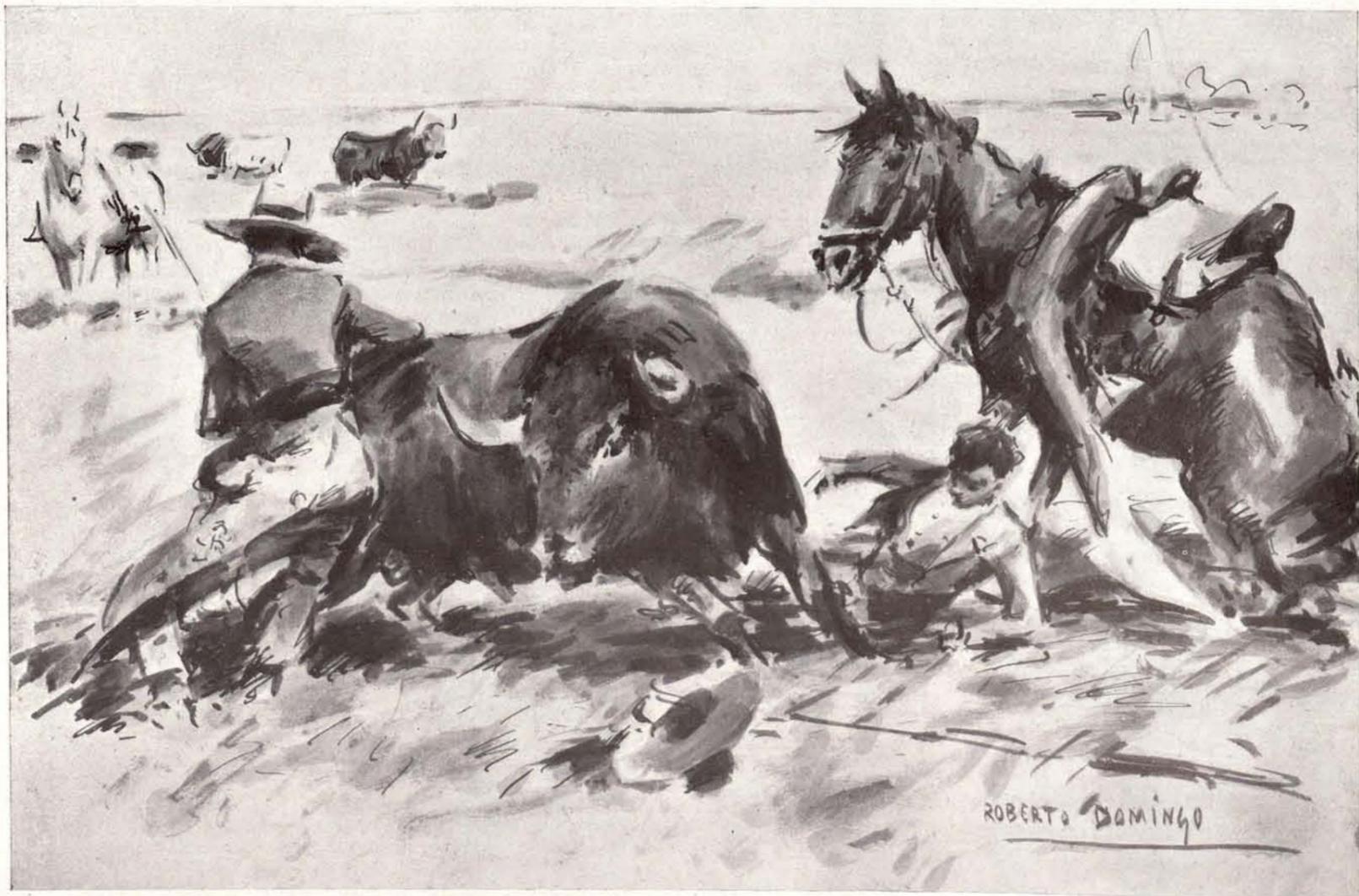


En esta
semana

VISITAD la
incomparable
EXPOSICION
DE JUGUETES
DE

ALMACENES
RODRIGUEZ

CIUDAD
y los toros



La fiesta de los toros, "arte de feroz y trágica belleza, donde se dan reunidos y perfeccionados todos los elementos de la equitación y de la esgrima", según definición certera de Menéndez y Pelayo, tendrá en nuestra revista su lugar.

Lejos de nosotros el puritanismo cuáquero de quienes estiman que esta fiesta es la "llamada fiesta nacional". Es nacional, con todos los títulos que la otorgan su belleza y

el arraigo tradicional que tiene en todas las capas de la sociedad española y de la sociedad americana. Concederemos, pues, a la fiesta de los toros un espacio. No en estos momentos un espacio fijo y amplio, porque la temporada taurina está en su letargo invernal en la Península, y sometida al filtro engañoso y contabilizado del cable, en América.

Cuando la temporada se reanude en España, o cuando

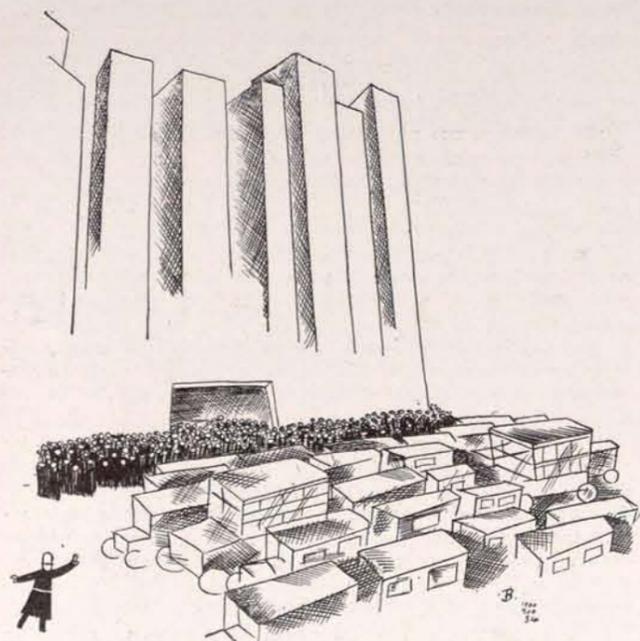
de América recibamos informes que nos merezcan crédito, haremos la sección con la honestidad y la verdad que debemos a nuestros lectores.

Nos limitaremos, entretanto, a publicar dibujos y fotografías que, por su valor artístico, como éste tan bello que reproducimos del maestro Roberto Domingo, sean dignos de estas páginas.



4 MAY 2009

LA SEMANA



Director: VICTOR DE LA SERNA
Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II. 2 de enero de 1935 Núm. 2.

HOY



WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ contribuye a este número de CIUDAD con un cuento titulado "La vaca adúltera". El gran humorista asoma en este relato con la fresca espontaneidad de sus páginas mejores, y el dibujante Arteché lo decora con su maestría habitual.

Completan el texto de esta edición una documentada crónica de Manuel Abril, titulada "Arte y Vida", con ilustraciones; "Recuerdos de montería", por Marcial Lalanda; valiosos trabajos inéditos de Félix del Valle, Pérez Mariluz y Muñoz Lavallo, además de otras colaboraciones de gran interés y de las secciones habituales.



MARIA ROSA BENDALA embellece una de las páginas de esta edición con sus modelos de vestidos, prosiguiendo en su loable empeño de crear una expresión española de la moda femenina, comparable a la de los países más atendidos en este aspecto.

A Wenceslao Fernández Flórez le han hecho Académico de la Lengua. No roguemos todavía a Dios por su ánima.

Antes, cuando uno era niño, si a un señor, casi siempre barbado, le metían, a fuerza de tertulias y de empujones, en el templo de los inmortales, caía sobre el pobre una losa. Cuando se cerraban tras él los portones del recinto, el barbado caballero empezaba a navegar sobre nubes y se escapaba en la primer madrugada hacia lo desconocido. Supongo que a mis lectores les habrá pasado lo que a mí y se habrán formulado, como yo, muchas veces esta pregunta:

—¿Vive todavía D. Leopoldo Cano?

Ahora entran en la Academia jóvenes escritores como el ilustre Wenceslao Fernández Flórez, en pleno vigor de una mente moza. Ahora ya no cabalgan los señores inmortales sobre nubes de olvido, sino sobre el así llamado corcel de la fama.

Tan proscritas están las barbas de la Academia Española, que D. Emilio Cotarelo, de quien se asegura que conoció a Lope de Rueda en persona—y de ello parecen ser testimonio los tremebundos estudios que hizo del comediante—, ha resultado en un rapto de antibarbismo que Valle Inclán es un mal escritor.

Sin que yo quiera entrar en cuestiones tan exactamente peliagudas, paso a decir que la entrada del humor galaico en la Academia, encarnado en la juvenil figura de Wenceslao, me parece un magnífico regalo de Reyes para los periodistas españoles. ¡Galleguito, vitor!

C AUTAMENTE, no tanto por su propio poder de penetración como por el incorregible "snob" de cierta capa de nuestra sociedad, van entrando en los hogares madrileños los personajes de la mítica infantil protestante o extranjera.

Papá Noel, Santa Claus, San Nicolás, tropa de a pie, y todo lo más de a caballo, han suplantado entre las gentes de frivolidad mental a los tres castizos Reyes Magos, a esos "Tres Reis d'Orient" que sirvieron de tema a los primeros baluceos literarios del romance castellano. Los tres santos monarcas que venían en camellos, con su majestuoso cortejo, después de adorar al Niño, después de cruzar las tierras fabulosas del Preste Juan de las Indias, tierras de especiería, de coral y de perlas, con sus mantos de armiño y sus túnicas teñidas por la cochinilla o la púrpura, se tienen que tropezar por los caminos de España con unos viejecitos ataridos, vestidos de burdo paño nórdico y monocromo. Esos ancianitos que se pierden por las encrucijadas de la tradición española y entran por la chimenea—aquí donde hay braseros o calefacción central—, en vez de llegar alegremente por la ventana del niño que duerme y pasar por el cristal "sin romperle ni mancharle", están causando un estrago espiritual en la infancia española.

Con muchísimo respeto debemos ponerlos en la frontera.

En cuanto a las ramas cimeras del pino castellano que quieren remedar a los pinabetes de la Selva Negra o de los Alpes Dolomíticos, volvámoslas a su primitiva, doméstica y patriarcal misión de calentar el horno para el buen asado de Medina o de Sepúlveda. ¡Ay, Señor! Tú nos pusiste con Tus sabias manos el hermoso pino de la meseta junto al pastizo donde ramonea la merina que amamanta al lechal.

¡Haz, Señor, que cumplamos tus designios!

S I a un espectáculo deprimente para la naturaleza humana como cierto campeonato llamado de baile, que se celebra en un teatro de Madrid, se le denominara "Trafalgar", el Reino Unido de la Gran Bretaña hubiera entablado una reclamación diplomática. Como lo denominan "Marathon", no pasa nada. Grecia, noble país, no tiene una escuadra muy poderosa.

Esta tranquilidad por la integridad de nuestro territorio no le impedirá a uno protestar contra el empleo indecoroso de la ilustre palabra. En represalia, los griegos podrán inferirnos cualquier atroz injuria, cien veces peor que una nota de cancillería y aun que un bombardeo de Baleares. Por ejemplo, que denominen "Bailén" a cualquier espectáculo de semejante inhumanidad e incultura y tan lejos de lo atlético y heroico.

Si nosotros supiéramos que en cualquier país a un número de circo se le llamaba "el salto de Alvarado", pondríamos, con razón, el grito en el cielo.

Por otra parte, se me ocurre proponer la creación de una Liga contra la trata de blancos, bastante más urgente y piadosa que otras Ligas con las que cubren su egoísmo los que no quieren confesar de una vez que es más cómodo y barato proteger a perros golfos y caballos de toros que salvar al hombre de la abyección, al niño de la miseria y a la mujer del desamparo.

Y exige menos angustia moral, menos caridad, menos ternura.

Siempre ha sido el corral el apéndice menos cuidado de una casa. Un buen corral no puede transformarse en albergue para un ser humano. Sobre él cae, en pleno, el sol, y la lluvia no tiene la oposición impenetrable del techo, primero, y del cemento o de los mosaicos, después. Me refiero al corral destinado a la especie gallinácea. Pero en medio de tal mundo trozo de tierra, brilla, yendo y viniendo, arrogante y pausado, bamboleándose cual pelota de plures luces, un animal pequeño y orgulloso, con aires de emperador, reluciente como un objeto de orfebrería, nervioso y agitado, fino y señorial: el gallo.

Aun sin conocer la historia de sus instintos, con sólo verlo, se le supone ya con los pantalones bien puestos. No así a la gallina, que en su andar parece trabada por las faldas. El gallo es todo un hombre. Y la gallina nada más que media mujer. La gallina pone lo que puede, humilde, asustadiza, bonachona. El gallo, en cambio, resulta de pocas pulgas, incapaz de poner o de dar algo que no sea una constante y ostentosa exhibición de su donjuanismo. Le basta, para los efectos visuales, con ser bello y erguido.

I

Sobre el gallo se ha hecho excesiva literatura, hasta el punto de que su simbolismo sirve para expresar virtudes y vicios humanos. Encendido cual minúsculo lamparín, fuchado a lo Don Juan Tenorio, tiránico cual dictador, no admite dentro de su recinto sino a otros gallos con los que, de primeras, polemiza a picotazos, para terminar compartiendo armoniosamente los beneficios del corral, lo mismo exactamente que los políticos en los Parlamentos.

El gallo, en sí, tiene un interés excepcional. Posee un corazón dinamitero, pronto a explotar a la menor coyuntura. Mal genio o genio fácilmente agriable. No rehusa jamás la pelea. Por eso cuando se dice que es fanfarrón se falta a la verdad. Creo todo lo contrario: que no hay animal más valiente, enérgico y rabioso. Es como un aparato que radiase ondas fulminantes, aires bélicos, o que vaporizase esencias de guindilla. No sólo porque pica, sino porque todo su cuerpecillo se enardece, calienta, esplende y se quema, cual si echase fuego, apenas se le provoca. Entonces las plumas de lindos colores metálicos se erizan, y la cresta, cordillera de coral, se enerva. Cuando se planta así, en tal actitud soberbia, infunde más respeto que los elefantes, esos grandes animales que por dentro no son más que humo que se solidifica o cuaja para producir esa piel de ceniza mojada.

II

¡Pero un gallito! No es nada un gallito. El más insignificante dispone de un caudal de coraje para repartir. Si este coraje incomensurable se expendiera a los hombres, adquiriría el precio del oro de 18 quilates. Porque nosotros hemos perdido ese fuego que invade al ser hasta hacerle olvidar que la vida es una tontería soberana. Tal vez ese olvido obedezca a que hemos creado escalas de jerarquías vanas, voluptuosidades, medallas conmemorativas, legiones de honor y condecoraciones infinitas. En cambio, el gallo sabe que fuera de la gallina, más allá de la gallina, ningún placer es cierto, ni ninguna misión que no sea la de conquistarla—pisarla diría el gallo, si hablase—vale la pena. Su vida es, pues, un homenaje perpetuo, a la par fuerte y delicado, al sexo débil. Y toda su fortaleza la consumiría en ese homenaje si no lo desviásemos aviesamente, mañosamente, del corral hacia la lucha y la pelea.

Mas el hombre ha nacido para especular con la nobleza de los animales, para buscarles las cosquillas, en este caso la rabia. Placer malsano que revela nuestra necesidad de ver aquello que no nos sentimos capaces de realizar, pudiendo hacerlo, porque si bien no disponemos de espolones, la Naturaleza nos ha dotado de puños, y la industria, de navajas, instrumentos suficientes para abrir constelaciones de bultos y canales de sangre. Preferimos que lo hagan entre ellos estos animalitos, siempre dispuestos a demostrarnos que no huyen ni rehuyen la contienda allí donde se les plantee o invite a desarrollarla.

Y la verdad es que la pelea entre dos gallos es mucho más leal que entre dos boxeadores profesionales. En primer lugar, los gallos combaten desinteresadamente y, a pico, emocionan, conmueven, por su resistencia y por su inagotable agresividad. Jamás cometen una falta, un atropello, cosa que no ocurre ni en los encuentros de fútbol, donde el jugador ventajista arrolla, si puede, al contrario, faltando a las leyes de limpieza que deben prevalecer en un deporte en que las patas lo son todo. ¿Qué diríamos de la mula si hiciera algo más que cocear? El gallo, peleando, está moralmente por encima del hombre.

Y por ello, una vez puesto en tono de batalla, se arma, se empenacha, se yergue sobre las escarpas de sus patitas delicadas. En realidad se convierte en una moña de carne y seda. Sus plumas se erectan y toda su cola es como un abanico de ópalos. Sus ojos asiáticos, que, generalmente, tienen el color del oro viejo, miran y remiran. Con cautela, en efecto, avizora el gallo los movimientos de su rival, de la misma suerte que nosotros ponemos el oído para escuchar una música distante. Da pequeños pasos,



va despacio, con algo de entornillador, como si a través del terreno que pisa tomara el pulso del contrincante. Y así espera, reoneando, mientras el espectador mira sin perder momento. A pesar de esta atención religiosa de los expectantes, el primer zambombazo del gallo tiene la rapidez de una descarga eléctrica. El gallo salta sobre su contendiente, burlando nuestra cuidadosa atención. No abre mucho las alas, pero el pico, fino y agudo martillo, cae sobre el cuerpo enemigo, haciendo mella en el cogote o en otro sitio más blando. Sólo el cinematógrafo, y al "relanti", sería capaz de registrar ese formidable golpe inesperado. Y es que el co-

PSICOLOGIA DEL GALLO POR FELIX DEL VALLE

EXCLUSIVO PARA "CIUDAD"



DIBUJOS DE ENRIQUE HORTELANO

raje—ya lo hemos dicho—es electricidad o dinamita. A veces, el gallo canta después del primer picotazo, enarbolando el cuello elástico, donde la gorguera de plumas resplandece. Y ya furioso, con navaja o sin ella, acomete ciego, silencioso, inexorable, heroico, ansioso de una victoria que no le proporcionará ni siquiera el hierro de una cruz de guerra. Más candor no es posible advertir en nada ni en nadie.

III

¿Es justo que nos aprovechemos de esta disposición innata del gallo para la pelea explotándola? Yo no soy miembro de ninguna sociedad protectora de animales, y gusto de las corridas de toros como nadie. Pero las corridas son otra cosa. Al gallo no hay derecho a enfrentarlo contra su semejante. Que a veces, por diferencias surgidas en el corral, por celos, se ataquen entre ellos para defender su honor, es tolerable. Lo mismo hacen los hombres cuando, merced al matrimonio, creen haber adquirido la propiedad absoluta de esa criatura frágil, sumisa y peligrosa que es la mujer. Sin embargo, nadie osaría adiestrar a la mujer, cultivar sus inclinaciones a la deslealtad para aprovechar iras que encendiesen implacablemente al hombre. Ello lo castigarían los códigos. Pues es lo que hacemos con los gallos.

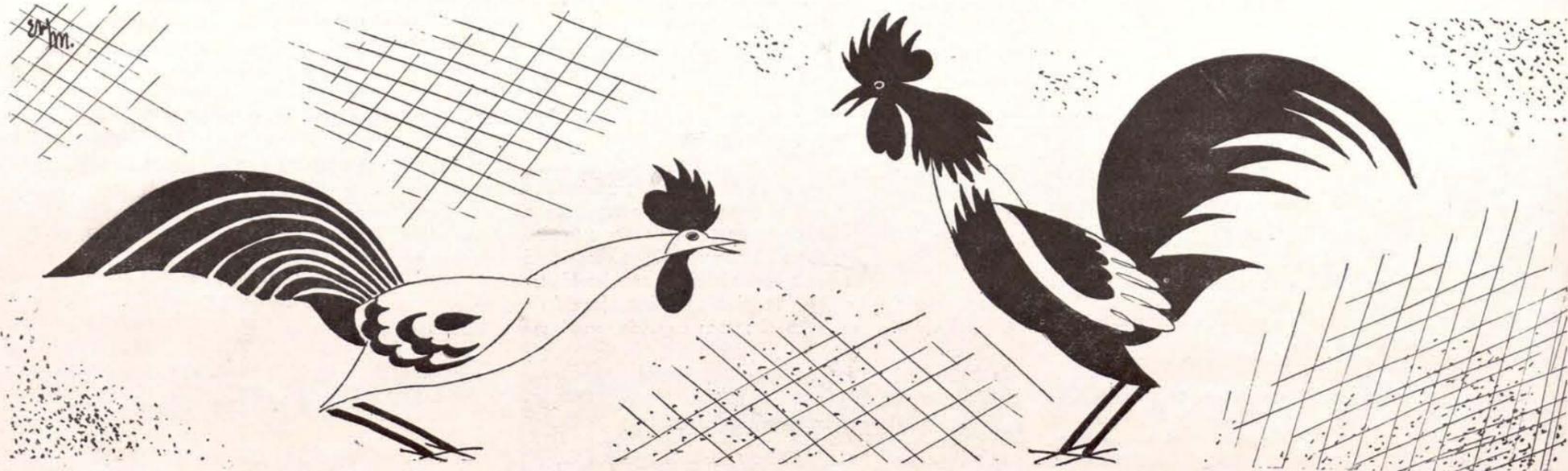
Si pensáramos solamente en que los huevos que a diario nos soplamos—alimento indiscutible—no existirían sin ellos, ya nos cuidaríamos de no emplearlos para otra empresa que no fuera la de producirlos. Esto desde un punto de vista egoísta y, desde luego, vigorosamente indiscutible. Y a base de este argumento se podrían construir muchos otros, que omito, por ser de naturaleza tan cruda, que ni adobados por una literatura disimuladora dejarían de ser mortificantes para nuestro varonil orgullo.

Dejando, pues, al gallo en el corral, entre su harén, cumpliríamos nuestro deber. El gallo cumple con el suyo. Porque, además, es cortés y pomposamente bien educado. Fijémonos en que nadie saluda al sol primero que él. Ni nosotros, que le debemos al dios de los incas el grano de trigo y el calor vital y estimulador que nos empuja hacia adelante. Quiere decir que el gallo, al abrir los ojos, reza a quien todo lo puede y fecunda, en agradecimiento riguroso y constante. Y que, por lo tanto, además de ser matemático en su gratitud, además de ser un gallo, es un poeta perfecto que canta al aire y a la luz, sin propósito de que recojamos en un disco o en una antología su canto sin palabras. Desprecia a la gloria y a los monumentos, que sólo sirven para que los pájaros errantes depositen en cabezas célebres, inmortales, aquello con que suele abonarse la tierra. Riqueza negativa para el olfato, pero que sobre las bronceadas testas memorables se pierde, puesto que, de caer sobre el fango de la tierra, avivaría y fortalecería la gracia y el perfume de las flores.

IV

No encuentro, pues, manera de establecer una comparación justa del gallo en los diversos tipos que forma y enaltece la civilización. Acaso los militares se le aproximen. Desde luego, sólo cuando están uniformados—botones de oro, galones de idéntico metal, plumas y charreteras; todo el decorado, en fin, que en el gallo es natural—y cuando mandan con voz firme, falso remedo del canto del gallo, a una masa obediente y disciplinada, lo cual ya resta un poco de mérito a la firmeza y solemnidad imperiosa de la voz. Mas reparémos en que tampoco los militares se le asemejan en lo que se refiere al coraje, pues los gallos pelean entre ellos, aunque pertenezcan al mismo corral, y los militares se respetan la vida mutuamente, como corresponde a seres hermanados por la civilización, la cultura o la humana fraternidad.

Bien sé, por último, que al gallo no se le califica de rey de la creación. Es demasiado pequeño de estatura para asumir un papel tan elevado. Pero observe el lector que a ningún calzonazo se le dice: "Ese es un gallo". Sólo al hombre fuerte, poderoso, física o mentalmente atlético, se le nombra: "Ese es un gallo". Y cuando queremos lanzar a un gran hombre contra otro, también apelamos al mismo recurso, gritando: "¡Fulano es mi gallo!", a lo que nuestro contendidor responde: "¡Zutano es el mío!" Así la vida humana, a medida que más nos elevamos, resulta más pelea, rivalidad y jaquetonería. Y aunque tomemos al gallo como símbolo, la verdad es que nadie llega a igualarle siquiera en sus hazañas. Porque nuestras peleas, en todos los órdenes, son más bien muchos ladridos de perros con nombres diferentes, lo cual avala y convierte el corral sucio en plataforma moralmente más limpia y significativa que el palacio suntuoso o la sala de lujo elegidos para eso que llamamos—tal vez para disfrazar los ladridos—realización de altas y fogosas deliberaciones, polémicas en las que, como el lector lo habrá comprobado, no hay alma, ni fuego, ni vuelo, sino ferias de picos romos que gritan furiosamente, pero que ni pinchan ni hieren. Y es que entre los hombres no hay un gallo auténtico, con las cualidades velozmente fijadas, acaso por la misma razón que entre los gallos no hay posibilidad de simbolizar al hombre de nuestros días.



Las obras de los dibujantes son, en los tiempos actuales, el verdadero diagrama de la vida universal. En sus líneas van quedando registrados los altibajos y trémolos de nuestra existencia toda, especialmente en costumbres y en maneras: en todo aquello que incumbe a la sociedad, a las instituciones humanas, a las ilusiones colectivas. A todo, por supuesto; el alma toda y el destino entero van quedando en las líneas del dibujo, como dicen los filósofos que quedan en las líneas de la mano las buenas y malas venturas. La cuestión es acertar en la interpretación de las líneas. Hay que leer las líneas y entre líneas.

Nosotros, verdaderos gustadores de esta clase de lecturas, hemos echado un vistazo por algunos grafismos alusivos a las fiestas pascales de estos días, y queremos compartir con los lectores unos cuantos comentarios.

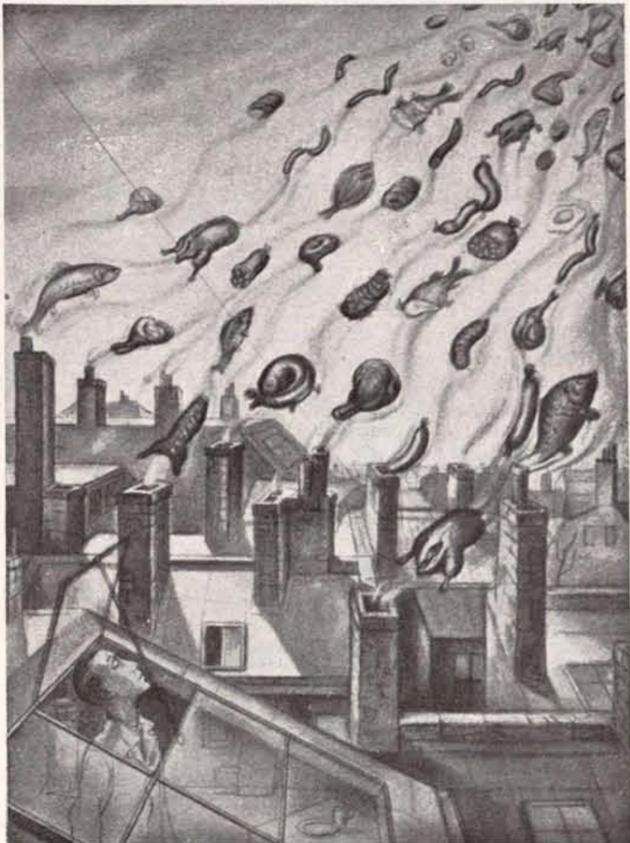
¿No salta a la vista enseguida la firmeza inquebrantable y milagrosa de una institución sagrada, la familia, y el influjo omnipotente de un casi panteón: el comestible?

Cuando no ha desaparecido la familia ante las ceremonias de estos días, es que tiene engarfiadas las raíces en los estratos más hondos de la geología humana.

La paz del hogar, con niños, es una paz armada, o sea nominal, como casi todas las paces. Los ángeles del hogar son, ya de por sí, y de ordinario, unos ángeles caídos



"Noel", dibujo de Grosz.



"Sueño de una noche de Navidad", dibujo de Girod.

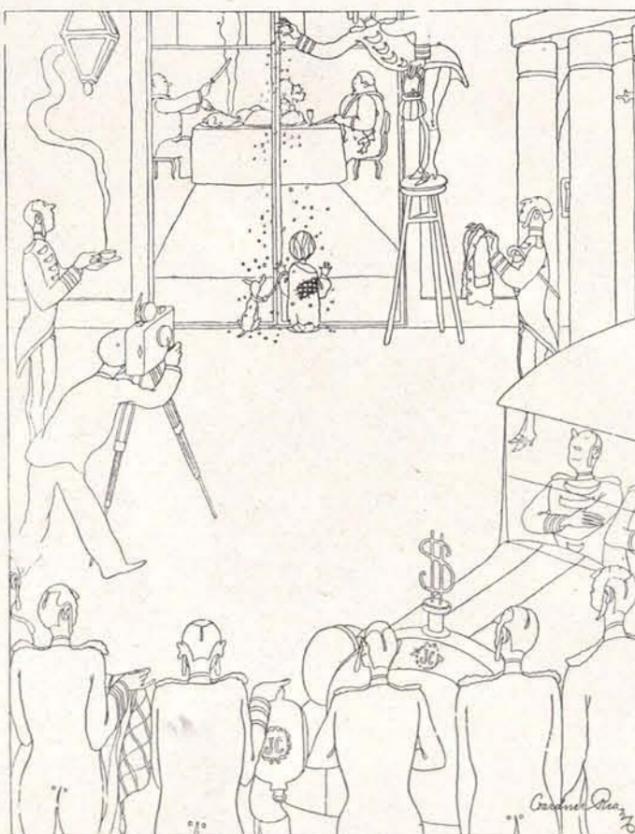
vaídos a cada paso—y bélicos de suyo. Pero en los días normales del año se encuentran abandonados a sus medios naturales nada más. En cambio, en las fiestas de ahora, le crece al niño en la región abdominal un órgano supletorio, y, aunque caedizo, en funciones durante todas las fiestas: el tambor.

¡Señor, qué casos!... Ya el tambor, por sí solo y bien tocado, carece de atractivo suficiente para ser conducido a domicilio y estarle oyendo de la noche a la mañana. Un concierto de tambor, de dos o tres horas seguidas, resultaría de seguro un poco fuerte, por virtuoso que fuera el solista y aunque le acompañaran al piano. Pero es algo tremendo un tambor a diario, todo el día, en manos de un indocto que quiere a fuerza de golpes suplir con cantidad la calidad y resolver por puños y violencia—según propensión frecuente—lo que no puede lograr porque carece de técnica. ¡Cómo se venga el asno con los golpes que en muerte recibe de los golpes que en vida le dieron!...

El nacimiento del Niño Dios pone a los niños de los hombres en delirio de africanos convulsionarios, y la soledad sonora del poeta se convierte en acompañamiento estrepitoso y comunal—comunal y descomunal—dondequiera que existe una familia.

Hay momentos de tregua, desde luego: los momentos de la comida. Los momentos patriarcales. Los patriarcas y la prole y parentela, consanguínea y colateral, se sientan en la

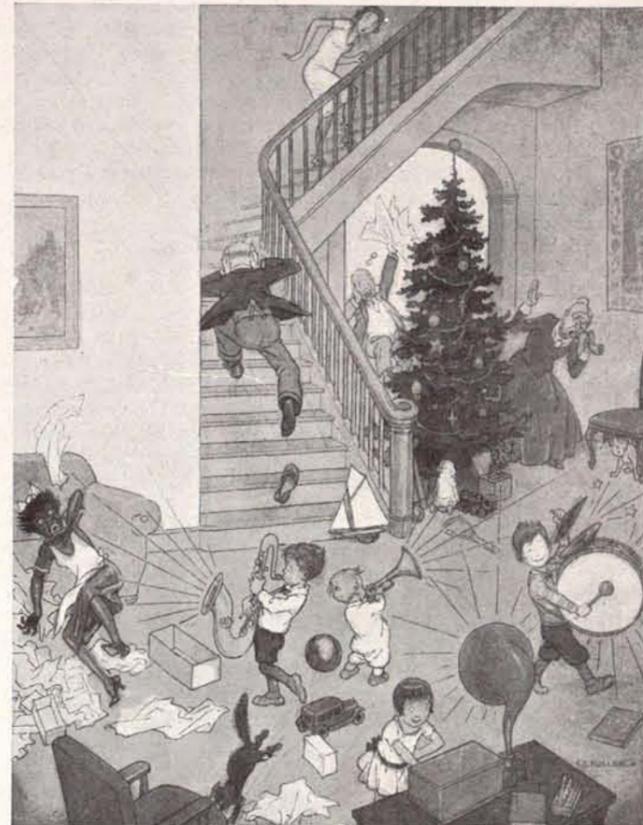

 Arte y Vida
 por
 Manuel Abril



"Nochebuena para el cine", dibujo de G. Rea.

época pascual—como los caballeros del Graal en torno al cáliz—, en torno a la sopera. Robinsón, el gran humorista inglés, nos hace ver en sus dibujos que humea la misma sopera y cuecen las mismas habas en Londres que en Madrid. La fiesta patriarcal suele presentar dos aspectos: la bélica y la reticente. La bélica corre a cargo de los niños, que suelen acabar—o empeorar—aplicando a los hermanos o primitos que han ido a comer aquel día los ejercicios de golpeo que han estado ensayando aquellos días en el instrumento musical de percusión a que nos hemos referido anteriormente. Percusión en la piel del tambor, percusión en el parientito macrocéfalo. Y se arma el Belén, por ser del caso.

Entre los mayores, no; la Pascua no es pugilística. Pero raro será que no se cierna sobre los comensales sonrientes la amenaza de algún nubarrón de mal presagio. A veces, porque se habla—de algo hay que hablar—de esa cuestión—la política—en la que estamos todos, a falta de conocimientos de otro género, profundamente impuestos, y se agría el mazapán entre melchoreros, gasparistas y baltasarinos; o bien hay tirantece por cuestiones íntimas y antiguas: porque aquella dama gorda, que ahora está hecha un tonel, tuvo, cuando era finita y comenzaba a dejar de estar finita—o sea en el momento de la curva



"Paz en la tierra...", dibujo de R. B. Fuller.

más en sazón y sabroso de su apetitosa adolescencia—, relaciones amorosas con su primo, que se encuentra presente también con su esposa, una señora que está en brasas y en los huesos. Aquello terminó. Fué, como quien dice, un ensayo. Ahora están casados una y otro; pero en el marido de ella y en la esposa de él se retuerce la sierpe de los celos, como si la anguila enorme de mazapán de Toledo, que se muerde la cola en la caja esperando el momento de los postres, anduviera, entera y viva, por el corazón y aledaños de la ella de él y el él de ella.

... La familia, pese a todo, persiste incommovible, firme, erguida, subsistiendo a los años, y diciendo: "¡A ver quién es capaz de inventar algo mejor y que pueda vencer a todo esto!"

Por eso, a pesar de todo, las luchas "intestinas" de estos días quedan siempre en el secreto del hogar. Al exterior trasciende solamente, no el vuelo de palomas del poeta, sino el vuelo de jamones que Girod, el dibujante alemán, ha representado en su obra.

Lo malo es que el olor de los asados llega a veces a familias ciudadanas que no tienen siquiera el consuelo de poderse zaherir en torno al pavo. La vida se parte en dos: la del escaparate y la de fuera. Entre medias, el cristal, bien transparente, para que puedan a placer los de la calle contemplar lo que no tienen. (Aquí el dibujante Jorge Grosz entra en escena.)



"Armonía de Pascuas", dibujo de Heat Robinson.





La vaca adúltera

cuento
por
w. fernandez florez



As de una vez, en mis viajes por Holanda, después de ver cómo avanzaban los dos brazos del dique que había de cerrar el Zuiderzee, condenado a desecación, o cómo crecían las ingentes paredes de una nueva esclusa, o cómo rodaban los quesos desde las orillas del canal de Alkmaar, para amontonarse

en las barcas panzudas y chatas, mi espíritu sentía la apetencia de otros temas. Los molinos negruzcos, los bosques que contienen las dunas en la proximidad de Scheveningen, los pintorescos trajes de los campesinos, las viejas ciudades románticas, como Veere o la apacible Arnhem, que da al Rin la musical afluencia (o el lento río de notas de su carillón, despertaban en mí vagas inquietudes líricas. Si se adormecía una conversación sobre el cooperativismo o la producción de la patata en Groninga, preguntaba con interés:

—¿No hay leyendas en este país? Me gustaría conocer alguna. Únicamente conseguía que mis interlocutores se mirasen con extrañeza, como si consultasen entre sí:

—¿Sabe usted, acaso, si existe en Holanda algo de lo que solicita este hombre?

—No—decían después—, no hay leyendas. Pasaba un ligero momento de embarazo, como cuando un huésped pide indiscretamente a su anfitrión algo que no hay en la despensa. ¡Si se me hubiese antojado una larga pipa de barro blanco, de Gouda, o una cucharita de plata con el escudo de Utrecht, o un bote de ese chocolate granulado que es gustoso dejar caer como leve y negro granizo sobre el pan con manteca...! Pero aquellos hombres fuertes, que hacen surgir las tierras de entre el mar gris y los turbios ríos caudalosos, se olvidaban pronto de mi frivolidad. ¿Leyendas? No, no había leyendas.

Y yo pensé:

—Tengo que regalar una leyenda a la amable Holanda. Le sentaría tan bien como la rizada futilidad de la cofia sobre la frente de sus campesinas.

Y he la aquí:



UES, señor, aquel año el invierno había caminado a grandes zancadas. Como quien pasa un vado, en ruta hacia el Sur, puso un pie en la isla de Schiermonnikoog, otro en Zoutkamp, y toda Neerland se estremeció de frío. Jorge, el guarda del puente levadizo, que cobraba el pasaje a las barcas, ya no tuvo que salir con su larga caña, con la que pescaba—un zapato en el extremo del cordel, en vez de anzuelo—las moneditas que, sin parar su marcha, entregaba silenciosamente el patrón, o la rolliza mujer que le acompañaba, o el niño que iba y venía en la estrecha franja libre entre la borda y la montaña de patatas o de negra turba que abrumaba la embarcación. El canal estaba helado, y endurecida toda la tierra de la planicie. Los breves días se alumbraban con una luz difícil, submarina, en la que el aire semejaba espesarse, y el cielo era de agua, tal como una bolsa de agua, y tan bajo que podía pensarse que, si la aguja de la alta torre de ladrillos que se veía a lo lejos llegaba a rozar la obscura película que semejaba contener, como la piel de un odre, todo aquel líquido, por la desgarradura se precipitaría una inundación.

Estaba desierto el campo, cuadrículado en toda su extensión por canalitos blancos de hielo; en reposo, aterido. En el verano, la Frisia era una gran mancha verde punteada por las manchitas albas

y negras del ganado. Pero en los últimos días de octubre, la aguijada del frío empujó hacia la tibieza de los establos a las vacas de ubres monstruosas y a los toros de cuernos replegados sobre el testuz. A las puertas de todas las granjas frisonas resonó el vagido con que los animales se despedían de los meses de vida al aire libre, y los establos volvieron a poblarse de ruido, de calor animal y de dulce olor vacuno.

El más fuerte y ancho obstáculo que encontraban los vientos del Norte al recorrer la llanura era la casa de Nijgh. Un grupo de árboles, inclinado por la tenaz presión de los huracanes, la protegía. Y ella protegía, a su vez, a la obscura construcción de espesos e inclinados techos de paja, donde se hacinaba el heno y los animales rumiaban su comida, mientras el largo invierno rumiaba sus minutos.

En toda la Frisia, el nombre de Nijgh está aureolado de respeto. Si alguien ha conseguido acercar una vaca a la perfección, no es otro que el propio señor Nijgh. Puede creerse que si el señor Nijgh se hubiese propuesto que sus vacas bailasen, llegaría, al través de cruces rebuscados e inteligentes métodos de alimentación, a conseguir que los empresarios de "Maravillas" buscasen en sus establos, mejor que en las porterías de Madrid, las *girls* de sus "conjuntos". Pero el señor Nijgh tenía puestas sus ansias en la más copiosa producción de leche, y sus vacas eran ubres enormes que, dos veces al día, dejaban escapar blancos ríos mantecosos, en los que parecían ir a desinflarse, a desleírse, mientras la ordeñadora eléctrica trepidaba sordamente en el cobertizo.

Ningún oficial tercero del Estado español vive tan gratamente como el ganado del señor Nijgh, en casa de suelos tan limpios, con tan coquetones visillos en las ventanas; y muy pocas de las señoritas que asisten a las funciones de gala del "María Isabel" podrían jactarse con justicia de dedicar a su piel tantos y tan escrupulosos cuidados como los que abrillantan, hasta darle calidades de terciopelo, la piel de aquellas bestias excepcionales. El señor Nijgh había ganado en los concursos ganaderos tantas medallas de bronce,

Y puso en manos de los compradores el certificado del Stamboek con la altiva seguridad que un noble puede tener cuando enseña sus pergaminos.



ILUSTRACIONES

DE

ARTECHE

ARTECHE 35

plata, oro y otros metales de clasificación dudosa como serían precisos para fundir su estatua, y, en sus viajes a la capital, cuando se sentaba en el mejor café de Leeuwarden, la calidad de las personas que se le acercaban, el tono de voz con que le hablaban, la alegría mal disimulada con que aceptaban sus puros, eran revelaciones de la admiración que había llegado a despertar entre sus conciudadanos. Porque toda Frisia no vive más que para las vacas.

Precisamente aquel año, el señor Nijgh había obtenido un triunfo del que todavía se hablaba en la comarca. Su toro *Jan XXV* fué adquirido en la considerable cifra de 6.000 florines por unos granjeros del Transvaal. Los boers habían recorrido el país, examinando los mejores ejemplares, y se habían detenido, absortos, ante aquella maravilla de los establos de Nijgh. Ningún animal tan perfecto en toda Holanda. Pocos tenían en los libros de la Friesch Rundvee Stamboek, donde se registran escrupulosamente las propapias vacunas, una ascendencia tan ilustre. Su padre era un *Jan* famoso, de la gloriosa estirpe de los *Jan*, célebre en los mercados. Su madre, una *Aaltje*. ¡Encantadora vaca! Se llamaba *Erna*, en recuerdo de la moza alemana que la había cuidado con tanto cariño como si la hubiese llevado en sus entrañas. *Erna*, convertida en pedazos, repartida en cazuelas de tamaños diversos, rodeada de patatas cocidas, había pasado ya a ese otro mundo de las vacas que está en los estómagos de los seres humanos. El señor Nijgh se acordaba de ella con orgullo. Pero el recuerdo que iluminaba su ancho rostro con las luces de la soberbia era el de *Jan XXV*, que ahora prolongaba la exquisitez de su raza en las prósperas tierras del África Austral. Todas las experiencias del señor Nijgh habían culminado en aquel ser sin tacha, que llevaba grabadas en los cuernos las cifras simbólicas del registro del Stamboek. Había vacilado mucho en cruzar a *Erna* con un *Wodand*, pero ahora estaba satisfechísimo de su preferencia por el *Jan*. Nijgh era un paladín de los *Jan*. A los *Jan*, bien vigilados y atendidos, se debería el llegar a que el suelo de Holanda fuese el sostén de los ejemplares bovinos más útiles y bellos del mundo. Cuando los boers habían retrocedido, asustados, ante la cuantía del precio, el señor Nijgh se limitó a decir con energía.

—Es un *Jan*. El mejor *Jan* de cuantos han existido.

Y puso en manos de los compradores el certificado del Stamboek con la altiva seguridad que un noble puede tener cuando enseña sus pergaminos.

El retrato de *Jan XXV* estaba en todas las paredes de la casa; era el que más abundaba en la galería que todo ganadero de Holanda forma con los ejemplares más notables, dignificando por utilidad la costumbre de otros países, en los que se prefiere adornar los muros con retratos de abuelos y bisabuelos sin suculencia ni provecho y de abuelas y bisabuelas cuya leche—con la que apenas se podría hacer la manteca suficiente para un *sandwich*—ni siquiera había servido para alimentar a sus vástagos, confiados a amas de cría.

Fué en una de las primeras noches de diciembre cuando ocurrió el primero de los extraños fenómenos.

Traía el viento agujas de hielo, y los árboles que amparaban la casa se retorcieron en contorsiones tan violentas como si quisieran desprenderse y huir. Parecía haber olor marino en la noche, porque acaso el vendaval trajese el polvo de agua de las olas que se deshacían contra los diques lejanos. El señor Nijgh había recorrido aquel día más de diez kilómetros en su bicicleta, y el huracán parecía empeñado en arrojarle irreverentemente a los canales que bordeaba el camino. En la tibieza de su despacho, escribió varias cartas, y, después de cenar, sentado cerca de la gran estufa de azulejos, leyó los diarios hasta que sus párpados se hicieron de plomo. Entonces subió las escaleras que conducían a su alcoba.

Nadie, como no sea un moro, dispone de escaleras tan empinadas como un holandés. Los peldaños, estrechos y altos, malhumoran cuando hay que ascender por ellos y estremecen cuando hay que bajarlos. Pero el señor Nijgh los escaló sin lanzar ni un suspiro, suficientemente compensado por la ilusión de aquella cama ancha, muelle, hinchada por el enorme edredón de blanca funda, que le esperaba al fin de tan fatigoso esfuerzo.

Quince minutos después, sobre la barriga del señor Nijgh, aquel edredón fingía otra barriga monstruosa. El honorable frisón, con el embozo hasta la barbilla, se immobilizaba, como un animalucho temeroso de atraer la atención de sus enemigos, para que el frío y la humedad de las sábanas no se encarnizasen con él. Esperaba vencerlos, como vencía todas las noches, al poco tiempo de permanecer así, convirtiendo en agrado y tibieza aquella primera impresión escalofriante. Y ya se aventuraba a estirar el compás de sus piernas, cuando oyó un mugido.

Era un mugido que encontraba carril en el viento que aullaba bajo las puertas y entraba con él, lamentable, distinto y parejo, como si la miseria y la muerte fuesen del brazo entre las sombras. Un mugido largo, temblón, lleno de lágrimas—hay que expresarlo

así—, aislado entre todos los tristes ruidos de la noche como un cuájarón de la misma tristeza.

Nijgh escuchó. Había oído mugir a muchas vacas, pero nunca de tal manera. Solvió la cabeza para que el blando almohadón no tapase sus orejas y esperó. El mugido sonó otra vez, largo y doliente.

—A ese pobre Mulder—pensó—debió de escapársele alguna vaca.

Mulder, el granjero vecino, merecía todo el desprecio de Nijgh. Su ganado era poco y pésimo. Más de una vez le habían rechazado en la cooperativa la leche que llevaba a quesificar, porque estaba muy lejos del tanto por ciento de materias grasas exigible. Y Mulder, en vez de enojecer, había mascullado unos insultos contra el ingeniero que le hacía el regalo de sus consejos para corregir la vergüenza de tener en sus campos animalillos tan deficientes.

—A ese pobre Mulder debió de escapársele alguno de sus pellejos de agua—volvió a pensar.

Al mismo tiempo, Mulder gruñía:

—¿Es posible que el viejo vanidoso de Nijgh dejase una vaca en el campo?

Y en otra granja, el ganadero Leen daba un rodillazo a su mujer, medio dormida ya, para consultarle:

—¿De quién será esa vaca que muge en la pradera? No creo que la encuentren muy sana, si ha de pasar toda esta noche a la intemperie.

Veinticuatro horas después, los mugidos volvieron a oírse. Y a la otra noche. Siempre prolongados y melancólicos, casi empavorecedores. Los criados de las granjas habían hablado de ellos ya, y estaban seguros de que ninguna de las bestias guardada en sus establos los exhalaba. El mugido, llevado por el viento, rondaba las casas: iba de aquí para allá, se oía en todas al mismo tiempo y tan próximo como si el animal estuviese junto a la misma puerta. Un empleado de Nijgh se levantó y miró con una linterna en los alrededores del establo, y no vio nada más que jirones de niebla, que se acercaban a su luz, temblorosa, como las mariposas a las lámparas. Nijgh se dignó entonces hacer algunos comentarios.

—Pues hay alguna vaca que sale al campo por las noches. No me lo explíco, pero es así.

Durante seis noches se repitió aquella queja. La séptima no se oyó. El señor Nijgh comenzaba a sentir en sus ojos las arenas del sueño y a sumirse en su dulce inconsciencia, cuando percibió un ruidillo junto a la cama. Separó lentamente los párpados. Y, rápidamente desvelado, vió allí, cerca de él, fosforeciendo con una rara luminosidad, los ojos más tristes que nunca, un hilo de baba—como un hilo de luz—colgando del belfo, a su vaca *Erna*, muerta, descuartizada y engullida hacía dos semanas.

El señor Nijgh abrió la boca, de dientes ennegrecidos por el tabaco de Sumatra. ¿Qué quería decir aquella visión? El señor Nijgh pensó que ninguna vaca podía subir las escaleras de su típica casa holandesa; pensó también que no convenía a sus años cenar bistés a la alemana y que al día siguiente habría de tomar dos colmadas cucharadas de sales de magnesia. Lo que no pensó fué en un fantasma, porque en la grave y trabajadora Holanda nunca había oído que se presentase ninguno. Así, fué mayor su pasmo cuando vió que *Erna* caía sobre sus cuatro rodillas y humillaba la testa casi hasta rozar con ella las ropas del lecho.

—¿Perdón!—mugió la voz sobrenatural de la vaca—. ¡Perdón!

El señor Nijgh alargó su mano en aquel ademán con el que durante tanto tiempo había acariciado la amada cabeza de *Erna*; pero no encontró más que el aire frío.

—¿Perdón!—siguió la vaca—. ¡Fué por mi culpa..., pero la expío bien duramente!

—¿*Erna*!—pudo hablar Nijgh con voz ahogada—, ¿cómo es posible que estés aquí...?

Y *Erna*:

—Oh, amo: *Jan XXV*...!

—¿Qué?—indagó Nijgh, sobresaltado al oír el nombre glorioso.

—Mi hijo...—susurró la vaca—no es un *Jan*.

Hubo un silencio en la alcoba. El ganadero se incorporó

—¿Cómo que no es un *Jan*, *Erna*?

—No; es una mancha en la estirpe; lleva un nombre que no es el de él. Su padre...

Pausa. El señor Nijgh rugió:

—¿Quién es su padre? ¡Pronto!

—Su padre es el toro cojo de Mulder...

—¡El..., Mulder...! ¡Insensata!

Alargó sus manos crispadas hacia el pescuezo de la vaca.

—Una noche templada... No..., fué al amanecer... Todos dormían en la granja, y era aún la buena época en que se vive en el campo... El toro de Mulder pasó a nuestra pradera... Había quedado abierto el portillo... La ocasión..., el ambiente...

El señor Nijgh se mesaba el cabello:

—¡El..., un b' stardo..., hijo de ese animalucho que no está inscripto en el Stamboek...! ¡Seis mil florines...! ¡He engañado a

esos hombres...! ¡Y lo he cruzado, antes de venderlo, con doce vacas! ¡Es el deshonor, el deshonor! ¡Miserable!

Erna quebró su hilo de baba contra la alfombra:

—¡Amo, perdón; no encontraré la calma hasta que lo hayáis concedido!

Y soltó el sollozo de un mugido. Nijgh insistió, sombríamente: —¡Has deshonrado mi casa!

Miraba fijamente las tinieblas; le temblaba el mentón; sus cabellos grises aparecían revueltos y húmedos. El fantasma de la vaca aguardaba una frase de disculpa o piedad...

Bruscamente, el señor Nijgh arrojó la montaña del edredón al aire y prorrumpió en esa estremeceadora carcajada que lanzan todos los personajes de leyenda que se vuelven locos.

EXCLUSIVO PARA "CIUDAD"

LA MODA MASCULINA

¡Audacia, caballeros!...



Paralelamente a la moda femenina, la moda masculina emprende una profunda renovación. Nos complacemos en hacer conocer a nuestros lectores algunos principios divertidos y audaces de un elegante inglés:

“Ante todo, amigos, seguid a vuestra época. Precededla, más bien. Sed lógicos y abandonad los principios añejos en vuestra manera de vestir.

Fuera el peinado con el pelo cortado como el césped de un jardín. Los “macizos” son buenos para los parques.

Guerra a muerte al bigote de gendarme.

Mueran los cuellos “de porcelana” de ocho centímetros de alto. Las carlancas, para los mastines.

Adoptad las camisas descotadas, donde podáis anudar la corbata en nueve segundos.

La camisa amplia en el torso y ligeramente ajustada en la cintura.

Cuello pegado en todas vuestras camisas, amigos. Que no caigáis nunca en la deplorable idea de adaptar una “pieza de recambio” limpia sobre una camisa dudosa. La mecánica de nuestra vestimenta no acepta ya más nunca materiales distintos sobre nuestro busto.

Nada de tirantes. Poco o mucho, todos tenemos un hueco en las caderas donde poder ajustar el pantalón.

Nuestro traje, nuestra camisa, nuestra corbata sean siempre de tonos claros. Nuestros zapatos también. Guerra al negro, al gris polvo, a las neutralidades cromáticas tímidas.

Nuestra corbata sea de tonos vivos. Que constituya la única nota alegre del uniforme masculino.

El smoking y el frac, azul ala de cuervo, mucho menos adusto y funeral que el negro.

Camisa blanda con el smoking a partir del mes de junio.

Pijama amplio, que pueda meterse, sin desabrochar, por la cabeza.

Calzoncillo muy corto, con la cintura estrecha y un solo botón.

Batas de casa audaces. En casa todo está permitido. Todo, menos los pajaritos en la enramada y los follajes imperio, buenos para las batas de un jefe de Negociado.

Zapatillas alegres, claras...

Los pies son una cosa triste...”

Nadie se ha explicado todavía por qué los españoles, con una luz magnífica en el cielo y un clima seco, aman tanto los paños oscuros para su ropa.

Tampoco ha sido averiguado aún por qué el poseedor de unos excelentes zapatos de tafilete color caoba se empeña en pintarlos a menudo de colorado.

Una corbata escarchada y brillante, como un trozo de vieja cortina, es del peor gusto imaginable.

Ese caballero que lleva la copa de su sombrero más baja por proa que por popa es “el caballero que no se ha enterado”. El que lleva la copa demasiado baja, excesivamente baja de popa, es un cursi.

K

I

M





RECUERDOS DE UNA MONTERÍA **Un mano a mano con "Guerrita"**

Por MARCIAL LALANDA

Sierra arriba, en lo más alto de la cordillera Mariánica, en su centro y meseta, está Mata-Román, dehesa magnífica de Ricardo Torres (*Bombita*). Mata-Román es un cazadero soberbio, par al "Aguila", de Rómulo Gamero Cívico; a los de Hornachuelo, Fernán-Núñez, Posadas, Moratalla, de Viana y tantos otros cotos famosos de la serranía cordobesa.

Se da en Mata-Román (mejor dicho, se daba, cuando la ley de caza era una ley para cumplirse), con profusión, el venado, el jabalí, el corzo, el zorro y, aunque muy raro, un lobo pequeño y oscuro especie de máxima fiereza, que sólo se da aquí en Sierra Morena.



En este grupo figuran Palmeño, Márquez, Barrera, Bombita y Marcial.

Si magnífica es Mata-Román en materia de caza, más lo es en bellezas panorámicas. Cumbres arriba, desde la calzada de La Mata, se divisan en anfiteatro, descollando su blancura entre riscos y canchales, infinitos pueblos serranos; y abajo, en la vega, en competencia con el trazado del ferrocarril Madrid-Córdoba-Sevilla, la cinta de acero de la carretera general y el Guadalquivir, límpido, transparente y claro, aún por aquí no navegable y con remansos floridos de adelfas y verdoros tiernos, jugosos, discurriendo tranquilo y sin rumores, ora entre sembrados nacientes, ora entre encinas y palmares, que motean de negro toros bravos, y siempre entre olivos blanquiverdes: "Olivos de plata", que escribió ese brujo conocedor del alma andaluza que se llama Federico García.

En esta cacería, en la que ocurrió la anécdota que voy a referir, última en que el desorden social permitió la existencia de caza mayor, asistieron conocidos aficionados de Madrid, Córdoba y Sevilla, los hermanos *Bombita* (Emilio y Ricardo) y mis compañeros en activo en lides taurinas, Antonio Márquez, Barrera y Palmeño; éste, en calidad de hijo y vecino del país, nos hizo los honores.

También asistió *Guerrita*: ¡Rafael, el Guerra!

Guerrita es toda una evocación. Con su traje campero y típico, sin el menor extranjerismo en la indumentaria, es un verdadero contraste. Torero de estampa recia y antigua, con sabor y solera de cosa ida, era en la cacería como la sobrevivencia de su época sobre la cosmopolita, quizás atrabiliaria y desgachada, que representaba la indumentaria de Ricardo Torres, de mis compañeros y la mía.

Guerrita y yo, no sé si por su carácter o por culpa del niño, no hemos sido íntimos. Una sola vez había hablado con él, y de esto hacía ya doce o catorce años. Esta coincidencia en Mata-Román tuvo para los dos casi honores de presentación.

Perico Villoslada, que actuaba de *Master of hounds*, sorteó las "armadas" y los puestos. A *Guerrita* y a mí nos tocó la misma "armada" y en puesto correlativo, en una "traviesa" en que el ojeo primero nos venía de cara y luego al revés. La "traviesa", como vaticinó el *Secretario*, tipo de ojos de pícaro y entre piconero y cazador furtivo, era muy "caliente y querenciosa", y nos divertimos. Colocados cada cazador en su puesto y los monteros y perros en los suyos, se dió suelta a las "realas", y comenzó la montería. Fué un gran día. A la algarabía de ladridos, toques de cuerna,

voces y disparos de perreros y ojeadores, se unía la alegría de un sol dorado y único, tibio y acariciante, como sólo existe en el invierno andaluz.

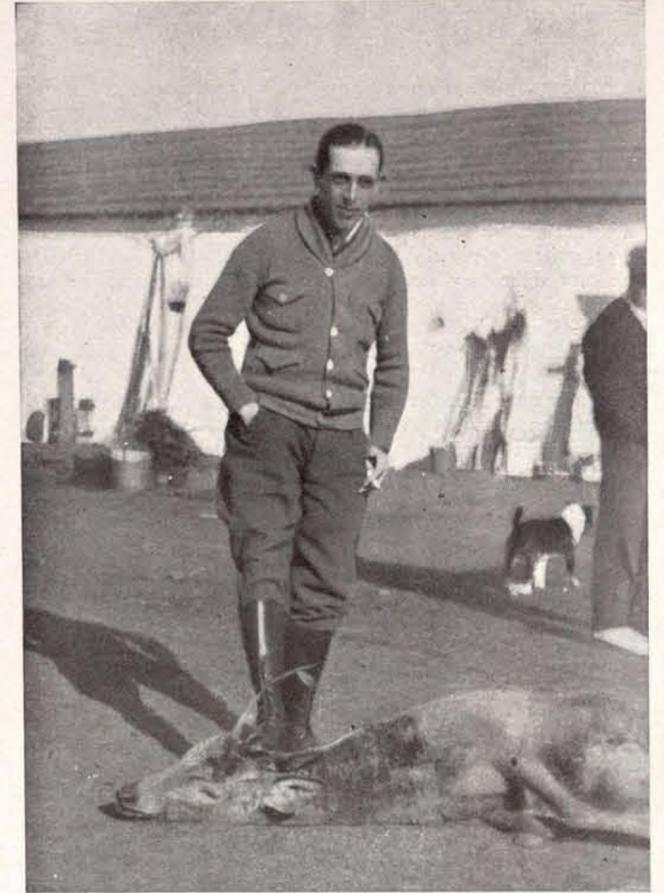
¡Buen día de campo y de caza! Yo tiré mucho y con acierto; entraron muchas piezas que, al rebotarse en mi puesto, iban al de *Guerrita*, cuyo plano de tiro se cruzaba con el mío. Mi "secretario" remató con su navaja cabriterá, alrededor de mi puesto, hasta siete venados.

Yo no cabía en mí de gozo. Menuda satisfacción. ¡Siete venados!

Al atardecer nos reunimos monteros y ojeadores, y empezó el recuento de piezas y de hazañas...

Yo había matado, siete. ¡Una corrida de único matador con sombrero y todo! ¿De único matador? ¿Que si quieres...! *Guerrita* me fué disputando, una a una, todas las piezas. La corrida quedó en un mano a mano, y gracias...

No protesté; me di por satisfecho. ¡Después de todo, el mano a mano era nada menos que con *Guerrita*!



Marcial Lalanda.

COMENTARIO SONAMBULO DE SEVILLA

Por Antonio Otero Seco



Sevilla empieza donde acaba Sevilla. Donde desagua el cauce lírico que la arrastra desde hace muchos años. Es hora ya de intentar un catastro espiritual de la ciudad de la Giralda, escondidos sus puros perfiles bajo la costra literaria que la envuelve. Una funda de amianto, hecha de tópicos, ha logrado el milagro de hacerla hermética e incombustible a la mirada de amor del viajero. Y Sevilla es una ciudad que necesita derretirse a cada minuto, para volver a nacer en cada nueva mirada.

¡Lástima de Sevilla! ¡Lástima de la Sevilla honda, soterrada, oculta, por culpa de la Sevilla de los sainetes, de los cuadritos con vistas del parque de María Luisa y de las panderetas con escenas del barrio de Santa Cruz! Ahí precisamente acaba Sevilla, para que Sevilla empiece. Para que salga de lo hondo de esa cáscara lírica en que la han envuelto trovadores endebles con voz dulzona de falsete. Cuando se logre descubrirla del todo, cuando Sevilla quede desnuda, se podrá ver su pulpa sabrosa y dulce, de sabor inédito y eterno.

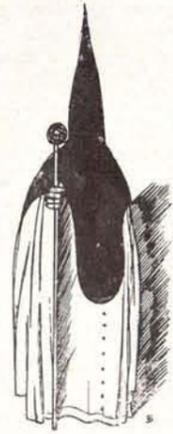
II

¡Ay!, qué mirada marinera tienen los ojos de la Giralda! Vale la pena venir a Sevilla sólo para verle a la Giralda los ojos. A la Giralda le quedan todavía bríos para ser la más graciosa peineta sobre el peinado urbano de Sevilla. En vano tratarán de empinarse sobre los puentecillos de sus canales las dos torres gemelas de la plaza de España, para vencerla. Su ansia de elevación no les sirve más que para ver con envidia la gracia vertical—grito y plomada—de los encajes de piedra de la Giralda. ¡De la Giralda! Y eso que alrededor del espolón de piedra de su cuerpo gira el mundo del tópicos sevillano. Nosotros arrebatamos a los árabes la torre, pero ella se ha vengado posando, incansable, para la frase hecha, para el lugar común, para la receta pictórica. Y, sin embargo, ¡qué mirada marinera tienen los ojos de la Giralda!

Desde este alto ventanal donde se arrullan las palomas, mientras las campanas echan a volar su bronce grave, para que se haga espadas finas al pasar por las callejas, Sevilla es como una nave sin velas, ansiosa de río, anclada en la orilla verde y marinera que sueña ya con el limbo dorado de las arenas finas, en una anticipación de algas y de sales. ¡Qué gracia tiene el ajedrez interminable de las azoteas, donde disputan torrecillas livianas de iglesias obscuras y alfices de balaustradas! Pues ¿y la curva del río? Allí está Sevilla, con sexo y curvatura de guitarra, viendo cómo el Guadalquivir se va poco a poco, con pereza de siglos nostálgicos, hacia la página manchada de azul de la Marisuca, donde se hace arco y flecha la estampa del garrochista, tras la que corre la sombra de Fernando Villalón, soñando todavía, entre dromedarios africanos, con una raza de toros negros y ojos azules.

III

Mirada renacentista de la Giralda, clavada en el patio arzobispal. Desde el otro costado se ve venir al moro por el llano, cabalgando en su nostalgia, para llevarse la espada de la torre. Desde aquí he visto muchas veces cómo cruzaba el patio de su palacio—un patio geométrico, con sombra tirada a cordel, como el fondo de un



primitivo—el cardenal sevillano, rodeado de seis que bailan sin descubrirse, ante la custodia de la catedral, una música dulce y lejana con contrapunto flamenco de castañuelas.

¡Ay, mirada marinera y renacentista de la Giralda, ganzúa para la puerta oculta y verdadera de Sevilla!

IV

La cosa no tiene importancia, pero yo se la doy. Ni sé siquiera cómo se llama esta gitanilla bronceada que pasa todas las mañanas bajo mi balcón, lanzando a mi alcoba las flechas de sus pregones. No me importa su nombre, porque tengo bastante con haberle visto el rostro de virgen morena y el aire de "bailaora" con que cruza bajo mi balcón.

La cosa no tiene importancia, pero yo se la doy. Llega todas las mañanas con su falda de colores vivos y un trozo de primavera prematura en la noche azul de su pelo. Y todas las mañanas me asomo yo al balcón para ver la gracia de su andar y sentir cerca la blanda caricia de su voz.

Hoy ha tardado en llegar. La calle no quería despertarse del todo para darse el gusto de verla, como siempre, con los ojos entornados del duermevela. Cuando llegó, venía despacio, mustia, sin el andar pinturero de los demás días, sin su falda volera, sin la sonrisa sensual de los claveles en el pelo. También su pregón venía vestido de luto, tembloroso por una honda emoción interior.

Amigos: la cosa no tiene importancia, pero yo se la doy. Para ver si sonreía, para que dejara de columpiarse en los balcones aquel aire de viernes santo que la escoltaba, le he comprado todas las flores del cestillo. Y luego, poco a poco, desde mi balcón, las he deshojado sobre su cuerpo moreno de tanagra, como se hace con las vírgenes morenas que pasan por la calle en procesión.

Cursilería, amigos; cursilería. Ni siquiera sé su nombre. Y aunque la cosa no tiene importancia, yo se la doy.

MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR MAESE BUSCON



Miss Kattle,
frente a las
ruinas.

Miss Kattle, en viaje a España, se había encontrado en París con sus compatriotas, aquellos lores y "loras" que habían venido a investigar los estragos de la pasada revolución.

—¡No vaya usted allá!—le habían dicho—. En Madrid, lo único que queda en pie es el héroe del Cascorro. Entre aquellos montones de escombros, sólo se ven paseando algunos toreadores en traje de luces, y las pocas majas que quedaron supervivientes llevan, en vez de puñal, una ametralladora en la liga. El Sr. Lerroux va desde sus habitaciones al cuarto de baño metido en un tanque de guerra, rodeado de artillería pesada y de cortinas de humo, y los guardias urbanos han tenido que ponerse las armaduras del Museo de Artillería, lo que no impide que asesinen unos cuatro mil diarios. En cuanto a las provincias, la poca gente que resta de su antigua población se ha refugiado completamente, y arrojan proyectiles hortícolas y utensilios de cocina contra las gentes de calidad. "Eh, señores, cuidado conmigo, que soy un Lord", decía aquí Patricio. Y ¡paf!, una coliflor. "Señoras manolas de Oviedo, que tienen ustedes que habérselas con una periodista." Y ¡pum!, una sartén. Y así, hasta que pudimos alcanzar la frontera, disfrazados de terroristas crímenes, que es la única industria que allí se consiente."

Pero miss Kattle, que es muy romancesca, vino lo mismo a Madrid. Y se encontró con una ciudad tan tranquila, que colindaba con la pelmez. Obras de los Quintero, pasacalles de Guerrero, una opereta—"Mandolinata"—anunciada con palabra que no se oía en Europa desde el año 80, todos los cines, con monjillas sentimentales de protagonistas de sus films, y un certamen de rosas pitimini. Un mundo de azúcar y de miel, sonrosado y evanescente, cuyo "affiche" simbólico lo constituían los retratos del señor alcalde, en las revistas, con su plácida sonrisa de angelote barroco, y la cabeza de Zeus, pacifista y bastante calvo, del jefe del Gobierno. "Me han estafado", se dijo, con exacta prosodia sajona, miss Kattle "Pero aquí debe haber gato encerrado", añadió para su gabardina de trabilla. Y a continuación se dedicó a averiguar en silencio dónde habían ocurrido las grandes batallas. Sus impertinentes escalaron las paredes de todos los edificios públicos en busca de los impactos. Cansada de la infructuosa busca directa, se aventuró por el peligroso camino de la confianza y el soborno, que inauguró con el camarero del hotel, a la hora tenue y desértica del desayuno.

—Aquí en España..., ¿eh?—le dijo, guiñándole un ojo. El camarero, interpretando la insinuación por el lado de las extravagancias turísticas, correspondió al guiño y repuso con aire enterado y picarón:

—¿Aquí en España? ¡Ya lo creo!

A continuación le atizó un pellizco, mientras se decía, mirándose a un espejo: "¡Que no eres tú fotogénico ni nada, so ladrón!"

Miss Kattle no entendió palabra de todo aquello, y no supo jamás cómo traducir el pellizco. Y siguió la búsqueda. Hasta que un día se encontró, en Rosales, con un estudiantón gallofero y randa, que, por ser oriundo de Alicante, sabía de qué pie cojean las turistas de la pér-

fida Albión. Y se ofreció a enseñarle la ciudad y todos sus misterios, con la filantrópica y no confesada intención de hacerse con unas pesetejas. Miss Kattle aceptó, y pidió de inmediato las ruinas de la guerra civil. El sopista—¿por qué no el "cocidista"?—le trazó de inmediato un lóbrego cuadro de los sucesos, que tasó, *in mente*, en cuarenta reales. Luego la llevó a ver el teatro de los acontecimientos. Ante estropicio tal, miss Kattle palideció de emoción y sonrió de satisfacción. El golfante se acreditó cinco duros, a cuenta del asombro. Frente a ella estaba la evidencia de la batalla: casas derrumbadas, aleros cortados al rape por los obuses, techos hundidos por la metralla de los aviones. ¡Desolación, espanto, tragedia!

—Sólo una cosa me llama la atención—dijo la miss al cicerone—. ¿Con qué fin han puesto esa verja de hierro en torno a las ruinas?

El gallofo exprimió todos los sesos para sacar el embuste:

—¡Ah! Pues esas ruinas se han declarado monumento nacional, para que sirvan de educación cívica a las futuras generaciones. Los jueves desfilan por aquí los colegios. Y ahora se va a hacer una activa propaganda de las mismas, para la atracción del turismo.

Y se quedó tan fresco.

Cuando la caja registradora que llevaba en el activo calefite el levantino estaba a punto de marcar los diez duros, un curioso impertinente, que había seguido, con la consiguiente escama, a la pareja, corta el diálogo con esta especie miseranda:

—No le haga usted caso a éste, señora. Lo que está usted viendo son los derribos de las antiguas Caballerizas Reales. ¡Y tú, ya te estás largando, pelanas!...

Todo lo cual, no me negará el lector que es perfectamente verosímil.

El café periscopico

Desde hace unos años, los cafés de Madrid están corriendo una especie de *marathon* del lujo. Sin duda alguna, se trata de la influencia nefanda de la industria automovilística, que lleva a los cafeteros a "carrozar" cada tantos meses sus locales, a fin de estimular la afluencia del público; inquietud inherente a todas las industrias de lujo, por donde viene a tener razón aquella frase dieciochista que afirmaba que "lo superfluo es lo más necesario en la vida". Un morenillo será siempre un morenillo, y las botas de elástico no se sabe que hayan sufrido sensibles modificaciones en los últimos decenios. Pero, en cambio, los "autos", los chalecos cruzados, las corbatas y la poesía lírica, ¡hay que ver!

Después de esta divagación erudita, volvamos a los cafés camaleónicos. He aquí el monólogo mudo y ejecutivo de sus propietarios: "¿Que tú pones un diván? Pues yo nueve. ¿Tus mozos visten de smoking? Los míos de frac. ¿Que tu suelo es de mármol? Pues el mío de mármol y cubierto de alfombras. ¿Que tú cobras tres reales? Pues yo seis. ¡Pa que te enteres!" ¡Felices tiempos y edad feliz aquella del tertuliano y honrado sofá de peluche, mozo campechano y fiador, chorrito de café en la copa y *Correspondencia de España* gratis! La pócima era noblemente indigesta, pero costaba un real, y le decían a uno: "¿Cómo anda eso, don Braulio?" Hogaño le doran a uno la píldora, mejor dicho, se la azogan, se la visten de frac y se la luzdifusean. Todo para terminar sacándole a usted, por una taza del equívoco brebaje, lo que constituía el jornal de un albañil en tiempos de la juventud de don Pedro de Répide.

En estas últimas fantasías de la imaginación cafeteril, se ha llegado a resultados realmente vertiginosos. Un café hay que exige a sus clientes el pagar cierto derecho de portazgo que consiste en aspirar, durante unos segundos, un punzante olor a cerdo embutido. A la entrada hay una cámara especial con este único objeto, abarrotada con los despojos mortales del noble ser. Y a la media hora de estar usted sentado frente a su taza, todavía tiene pegadas en las narices las rancias obleas del tocino aspirado; y por una transposición sensorial, perfectamente científica—¡hay que ver cuánto sé yo de esto!—, cuando usted introduce en las ávidas fauces su medio "suizo" chorreante, las papilas de su respetable paladar toman nota de que usted acaba de mojar un pedazo de chorizo Cantimpalo en el café con leche.

Otro café hay, en la misma calle, suntuosamente dantesco. Claro, de un dantismo vanguardista, y que lee *Innen Dekoration*. ¡No volveré yo jamás a entrar allí sin brújula y carta de derrota! ¡A mí no me vuelve a suceder eso de perderme en los espejos y tardar dos horas en dar de nuevo conmigo! Esto sin contar otros incidentes igualmente penosos. Porque suele ocurrir que está usted allí sentado y, de pronto, exclama: "¡Hombre, ahí viene Fernández!" Y resulta que Fernández anda paseando por la glorieta de Bilbao. Cuando está usted más descuidado, alza la vista del discurso del Sr. Gil Robles, que está tratando de interpretar, y ve asomar por el ángulo de un espejo la cara sotrana de un ciudadano sospechado de acreedor. Y cuando está pensando: "¿De dónde le debo yo a este caballero nueve duros?", se encuentra con que, a cada paso que avanza el interfecto, se multiplica en progresión geométrica. Dos, cuatro, ocho, dieciséis... Y cuando ha llegado frente a usted, la deuda suma varios miles de duros. Y este género de sucesos termina por aniquilar el mejor templado sistema nervioso. Y no hablemos ya del sistema nervioso del propietario, que debe estar hecho cisco. Cuántas veces, mientras no se acostumbre, gritará: "¡Cierren esas puertas! ¿Dónde voy a meter esta muchedumbre? ¡Cerrad, cerrad; ya no cabe nadie más aquí!" Y luego resulta que las treinta mil personas que estaba viendo eran dos docenas mal contadas multiplicadas por los espejos.

Confieso, a pesar de todo, mi debilidad por el café de "los pasillos colgantes de Alejandría", como dice un amigo mío, erudito. Y voy muchas noches, pero siempre con el ánimo preparada para los más insólitos y periclitados acaecimientos, como diría el Sr. Ortega y Gasset. El lunes pasado, sin ir más lejos, estaba yo sentado en el más cimero de los pasillos colgantes, cuando veo la cara de un conocido, que estaba sentado a alguna distancia. Como soy muy aficionado a la fisiognomía, me dediqué a hacer el análisis de su rostro, y llegué a la conclusión de que se trataba de un sujeto bastante odioso y, desde luego, tonto de solemnidad. Pero como no me sacaba los ojos de encima, me decidí a saludarlo, con tan perfecta oportunidad, que en el mismo instante en que yo levantaba la mano, él hizo lo mismo. Sonreímos al mismo tiempo y nos dijimos: "¿Qué se cuenta?", con idéntico alzamiento del mentón. "Vaya—me dije—pues tendré que ir a charlar con él." Y me levanté, en el mismo instante en que él lo hacía. Voy andando hacia él y él viene hacia mí, con una sincronía que para sí quisieran las figurantas de revistas. Y cuando le tiendo la mano, cordial y efusiva, me doy un golpazo en un espejo y advierto que toda aquella pantomima había estado exclusivamente a mi cargo.

Yo, que soy de natural progresista, no me opongo a este *marathon* de lujo que andan corriendo los cafeteros de Madrid. Por mí, que alfombren con billetes de mil pesetas y que vistan a los camareros de diplomáticos escandinavos. Pero esto de que esté uno pensando: "¡Mira la pájara pinta ésa, que parecía una mosquita muerta, cómo se viene de pondona al café, sentada con un desconocido!", y luego resulta que está sentada con su amantísimo esposo, y que el presunto rival se encuentra a varias yardas de distancia...



MÁS LUZ

MENOS CONSUMO



AL COMPRAR
IDENTIFIQUELA
POR SU
EMBALAJE-PRECINTO
AMARILLO

PHILIPS

SUPER-ARGA

LA LÁMPARA DE DOBLE ESPIRAL

TRAS ESPAÑA



EN BUSCA DEL PAISAJE AMERICANO

U N A F I R M A U R U G U A Y A

A la conquista de las Indias siguió una lucha menos cruenta, pero más heroica, más abnegada: la conquista del paisaje. Lucha heroica, porque en la empresa de dar ejecutoria artística a un paisaje se va siempre solo, como los héroes míticos, y con riesgo mortal de caer en ese abismo de lo intrascendente, que se llama folklore; lucha abnegada, porque los que se empeñan en esa conquista malogran casi siempre una fuerza espiritual que, aplicada a lo inmanente conocido, los llevaría por camino más seguro al éxito, etapa final del viaje de todo espíritu. ¿Cuántos hombres, antes de Kipling, se ahogaron en el Leteo sin lograr la re-creación de la jungla?

En América, esta conquista se va haciendo poco a poco, como debe hacerse. El viaje del artista no es como el de Alejo García, aquel titán fabuloso que, solo y andando, se fué desde la costa atlántica del Brasil a Lima, cuando todo el Continente no era más que una enorme extensión de tierra, llena de inhallados e hipotéticos Eldorados. El paisaje del artista no es mucho mayor que el de su propio horizonte.

El mapa de América está salpicado de rincones que tienen ya un clima artístico: "La Vorágine", de Eustasio Rivera, se lo dió a la selva de Colombia; la de Misiones, lo recibió de los cuentos de Quiroga; el campo de Entre Ríos, lo tuvo de los cuadros de Fader; el alma de Valparaíso la descubrió Eduardo Barros en "Un perdido". Ya Valle Inclán no podrá repetir:

La Pampa enorme con su sonsera,

porque Ricardo Güiraldes se encargó en "Don Segundo Sombra" de hallarle a la Pampa un sentido que varias generaciones habían intentado en vano descubrir.

(Una pregunta al margen: ¿No deberían ser subvencionados por las entidades turísticas estos artistas, que así dan a conocer un lugar y facilitan su comprensión al imprevisto viajero? Los "Simples cuentos de las colinas" han llevado a la India más viajeros que todos los *affiches* del Patronato Inglés de Turismo. Sin estos hombres, la Naturaleza no lograría salir de la categoría de simple panorama. Y en materia de panoramas, el mundo nos ofrece lugares más bellos que los que pueda visitar el turista.)

El Uruguay espera todavía al escritor que haga con él lo que Güiraldes con la Pampa. Guillermo Enrique Hudson se ocupó de la pequeña república sudamericana; pero la circunstancia de que no emplease la lengua vernácula ha quitado a su "Purpura Land" esa perfecta adecuación entre la materia y la expresión que se encuentra en los óleos de Blanes, adecuación que llega a lo maravilloso entre nosotros en Juan Ramón Jiménez y Gabriel Miró.

El viajero que echara un vistazo al Uruguay podría creer que la hipertrofia legislativa lo ha convertido en una nación de tipo ciudadano, a la manera de Suiza, los Estados Unidos o Costa Rica, en donde toda manifestación del espíritu es siempre fruto de la reacción—Waldo Frank dice "de evasión"; Dos Passos, O'Neill, Johnson, Lewis—o del sentimiento de impotencia que nace de la vida sin sorpresas—Amiel.

Pero esa primera impresión no es valedera. Una mayor intimidad con el pueblo uruguayo nos descubrirá su cromatismo, la infinita gama de matices que se advierte en ese país, verdaderamente privilegiado.

Tiene el Uruguay, sensiblemente, la forma de un corazón invertido, y su superficie es dos veces y media inferior a la de España. Pero su suelo no es la llanura de la vecina Pampa, abierta a todos los vientos y al malón. Está cruzado de ríos y erizado de "cuchillas", como se denominan allí a las lomas. Cada cuchilla tiene su historia de heroísmo, su recuerdo de emoción para el gaucho, quien hasta no hace mucho debió vivir la zozobra de constantes y encendidas guerras civiles. No hay niño a quien, apenas comienza a balbucir sus primeras palabras, no se le enseñe que es "blanco" o "colorado". Y por estas dos divisas políticas, que no encierran ningún programa de gobierno, ningún ideal político ni doctrinario, ninguna división de clases a cuyos componentes unieran intereses económicos, sociales o religiosos afines; por estas dos divisas, que

no tienen otro origen que el color de las vinchas con que sujetaban sus cabellos los soldados de la primera guerra civil, se han matado miles y miles de uruguayos. Y, sin embargo, ¿qué hondo sentido tenían estas dos palabras de blanco y colorado! A través de estos dos colores, de estos dos conceptos kantianos—puesto que la imagen de esos colores no era visible ni representable en la mente de ningún hombre, sino excepcionalmente, cuando en visperas de los comicios las banderas de uno y otro bando congregaban a los correligionarios—, los pequeños adquirían sus primeras nociones éticas, morales y sociales... ¿Qué cosa podía dar una noción más perfecta del descastado que la del hijo de blanco que se tornaba colorado al llegar a su vejez, o la del blanco que, luego de unos años, se pasaba al bando rojo, o viceversa?

¿No hay en este fervor por dos símbolos sin contenido un inconsciente y obscuro anhelo de poseer ideales forjados con sangre, tradiciones intensas que reemplacen la tragedia de esa falta de vejez que es común a todos los pueblos del Nuevo Mundo? La cultura, como la civilización, no es nada más que una lenta, secular adaptación de las fuerzas vitales al medio. Y poca adaptación cabe cuando las costumbres y modos de vida cambian constantemente en tierras de América, no a impulsos de esfuerzos propios, sino por virtud de elementos extraños que se introducen desde tierras exóticas. Hoy es frecuente ver un paisano, de botas, amplias bombachas, blusa y "golilla", como se le llama al pañuelo de seda con que se cubren el cuello, manejar su Ford por los caminos quebrados, increíblemente negros, del campo uruguayo. Ya su chambergo—¿para qué?—no lleva barboquejo: el parabrisas de su automóvil impedirá que se le vea, como hace unos años, cuando iba a la pulpería, jinete en un caballo que era su orgullo.

Pero el progreso—¿cuántas veces es sinónimo de anticultura!—tiene sus límites. Y esos límites se los da la misma tierra. Tener automóvil significó para el estanciero, como para el chacarero, poder ir al pueblo con una frecuencia que no toleraban sus arcas. Además, todo el placer que consiguió lo obtuvo al precio de la pérdida de unos conocimientos que le habían costado largos años de andar al tranco de su caballo. "Viento Este, trae agua como peste", "P'al lao que se pone el sol dueblan los pastos la punta". Estas cosas sabias no se aprenden andando en automóvil.

Los estancieros se resignaron a ser chacareros. Hay que saber lo que significa de orgullo abatido, de claudicación, esto que tan fácilmente se anuncia. Sembrar, roturar la tierra, era labor propia de italianos. Todavía recuerdo la indignación con que un amigo acogió mi creencia de que el campo de su padre hubiera sido sembrado alguna vez. Ibamos a caballo por un extremo de la estancia, situada en la maravillosa campiña del departamento de Colonia, cuando al advertir lo desparejo del suelo, le pregunté si ese potrero estaba en barbecho.

—No—me respondió—. En la estancia de mi padre no ha entrado más arado que el hocico de los topos.

Un río, el río Negro—lecho ferruginoso, aguas con zarzaparrilla—, corta al Uruguay de Este a Oeste. A ambas márgenes del río el país toma diferentes características. Al Norte, es la tierra típicamente mediterránea. Sus ríos sólo son abrevaderos, canales naturales de irrigación pero no son caminos que lleven al mar. Los hombres piensan más en las polvorientas rutas que conducen al Brasil, su mercado natural.

Al sur del río Negro, el mar se le presiente siempre. Se acabaron aquellos nombres indígenas de ríos: Cúareim, Queguay, Arapey, Yaguary, Tacuarembó. Ahora tienen nombres españoles: San José, Santa Lucía, San Salvador, arroyo de las Vacas. Ríos claros, de aguas límpidas, lechos de piedra y bordeados siempre de sauces, ceibos, curupies que ocultan la tierra de labor. Pero siempre, a pocos pasos, está un hombre cogido a la manquera del arado, siguiendo el surco que trabaja la yunta de bueyes, y esperando que las gaviotas que revolotean sobre sus cabezas para devorar las isocas y gusanos que descubre la reja, se marchen en rauda vuelo rumbo al mar o al río que se le parece. Es entonces la hora del atardecer. Y si la noche coge a los bueyes sudados, se le pueden "pasmarse..."

POR ENRIQUE PEREZ MARILUZ (EXCLUSIVO PARA CIUDAD)



DIBUJOS DE JORGE A. CAMPOS

EL SALUDO DE LA PRENSA



«Heraldo», 24-12-34:

UN NUEVO SEMANARIO

CIUDAD, revista de Madrid para toda España.

"Ya era hora—hace tiempo que ya era hora—de que Madrid tuviese una revista de calidad condigna a su importancia, a su modernidad, a su finura. Esta publicación es, indudablemente, CIUDAD, "revista de Madrid para toda España", cuyo admirable primer número acabamos de recibir.

CIUDAD consta de treinta y dos grandes páginas en magnífico papel couché, nutridas de texto y fotografías a cual más sugestivas y variadas. En el orden de cantidad de originales, representa un verdadero "tour de force", ya que no hay en el estadio actual español otro hebdomadario tan lujosamente presentado por veinte céntimos. Pero, con ser esto un elemento importante para el éxito que auguramos a la nueva publicación—y que le deseamos cordialmente—, no representa el mayor alarde periodístico de CIUDAD. En este semanario la calidad—esmero en la confección, originalidad en las "fotos", clara y feliz distribución de las secciones, cuidadosa selección de los textos, avalados por ilustres firmas los más de ellos, y, en fin, un buen gusto general, un extremado amor del detalle, del pormenor sutil y gracioso, que embellece y agiliza hasta las páginas de publicidad—, la calidad, decimos, es el factor decisivo del triunfo que le aguarda sobre todas las publicaciones similares..., si las hubiera.

No en vano CIUDAD está fundada por excelentísimos escritores de periódicos. La dirige Víctor de la Serna, y es su redactor-jefe Eduardo Blanco-Amor. Colaboran con éstos al esplendor del primer número Concha Espina, Federico García Lorca, Alfredo Muñoz, Gabriel García Espina, el capitán Iglesias, el Dr. Fernández Cuesta, Antonio Otero Seco, César Indarte; y como dibujantes, María Rosa Bendala, Arteché, Hortelano, Santónja y Billiken. Hay fotografías muy notables de Angel Aracil.

Nuestra felicitación al nuevo colega."

«El Sol», 25 12-34:

CIUDAD

"El entusiasmo madrileño de un escritor como Víctor de la Serna ha hecho posible la aparición de una gran revista, titulada CIUDAD. "Revista de Madrid para toda España" se titula, y consecuentemente con esto, la mayoría de sus informaciones en este primer número va dedicada a la capital de la República. Corresponemos también afectuosos a su saludo."

«Ahora», 24-12-34:

CIUDAD, revista de Madrid para toda España.

"Acaba de publicarse el primer número de CIUDAD, revista gráfica que constituye por su magnífica presentación un verdadero alarde de buen gusto. En este primer número, avalado por bellos grabados y fotografías, colaboran firmas de las más destacadas en la literatura española actual. Mucho nos alegraremos de que este éxito inicial prosiga en la larga vida que deseamos a la nueva revista, que se publica bajo la prestigiosa dirección de Víctor de la Serna."

«La Voz», 24-12-34:

Una nueva revista: CIUDAD.

"Ha comenzado a publicarse en Madrid una nueva revista, titulada CIUDAD. Sus elementos directivos—Víctor de la Serna y Eduardo Blanco-Amor—la subtitulan, además, "Revista de Madrid para toda España". Y eso es, efectivamente, dentro de una presentación agradable y moderna.

CIUDAD publica en su primer número originales de Concha Espina, Federico García Lorca, el capitán Iglesias, etc. Deseamos a la nueva revista toda suerte de éxitos."

«Informaciones», 24-12-34:

Nuevas publicaciones: CIUDAD.

"Bajo la experta dirección del gran escritor y periodista Víctor de la Serna ha visto la luz el primer número de una nueva revista gráfica, titulada CIUDAD.

La abundancia y selección de sus originales, la viveza informativa de sus secciones, que abarcan y recogen todos y cada uno de los aspectos de la actualidad española y universal, al cuidado de plumas avezadas y especializadas; la modernidad exquisita de su formato hacen de CIUDAD, no una publicación más que viene a sumarse o a perderse en el campo de la Prensa ilustrada, sino algo nuevo y distinto, que tendrá en el público calurosa acogida.

Con los artículos del propio director destacan en el primer número un relato de la ilustre escritora Concha Espina, una crónica del capitán Iglesias, unos poemas de García Lorca...

Corresponemos al cariñoso saludo que CIUDAD dirige a sus colegas, y subrayamos con nuestro más sincero elogio los altos y nobles propósitos que declara en su artículo de presentación, y deseamos a la revista naciente, de lo que es garantía de acierto el nombre de su director, larga y próspera vida."

DULCINEA
Confitería fiambre

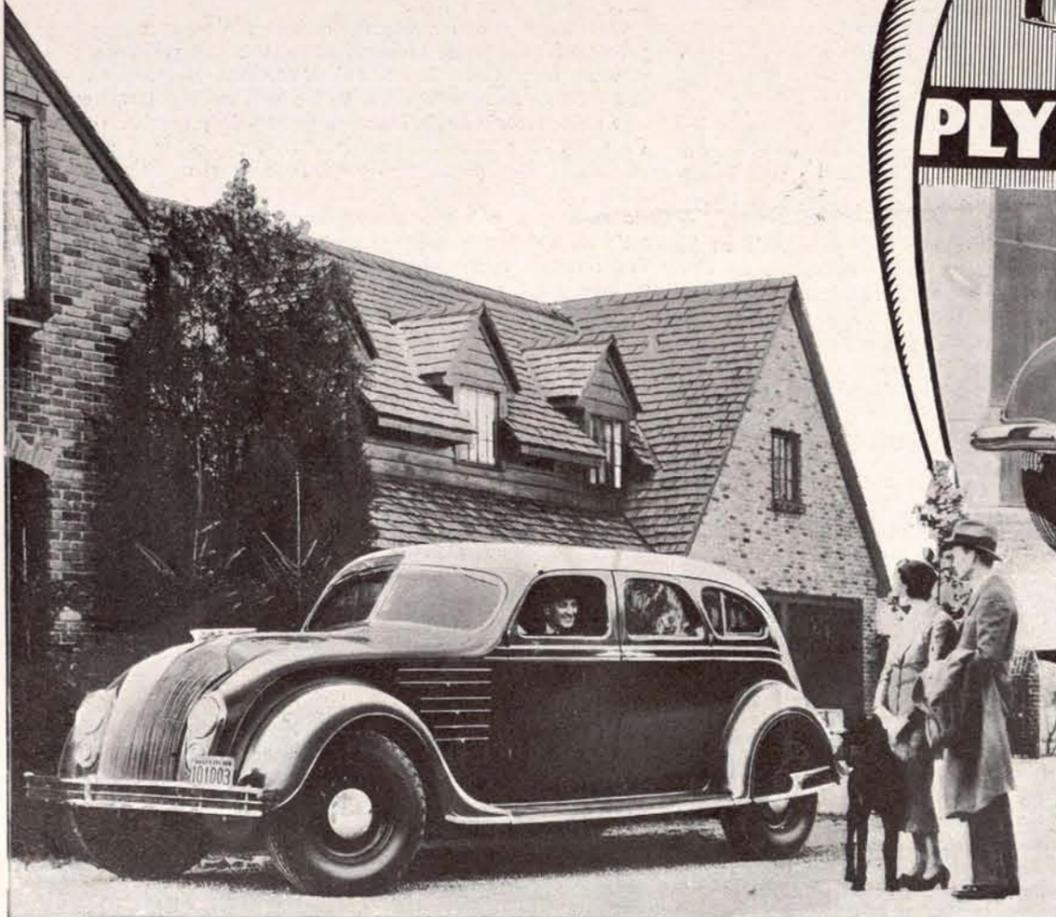
SALON DE Thé

CLAVEL 2 MADRID TEL. 19019

Ghocolates meriendas

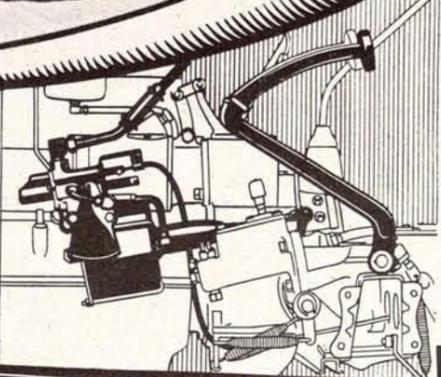
CHRYSLER

CHRYSLER
PLYMOUTH



EMBRAGUE
AUTOMATICO

Secreto de su
conducción suave.

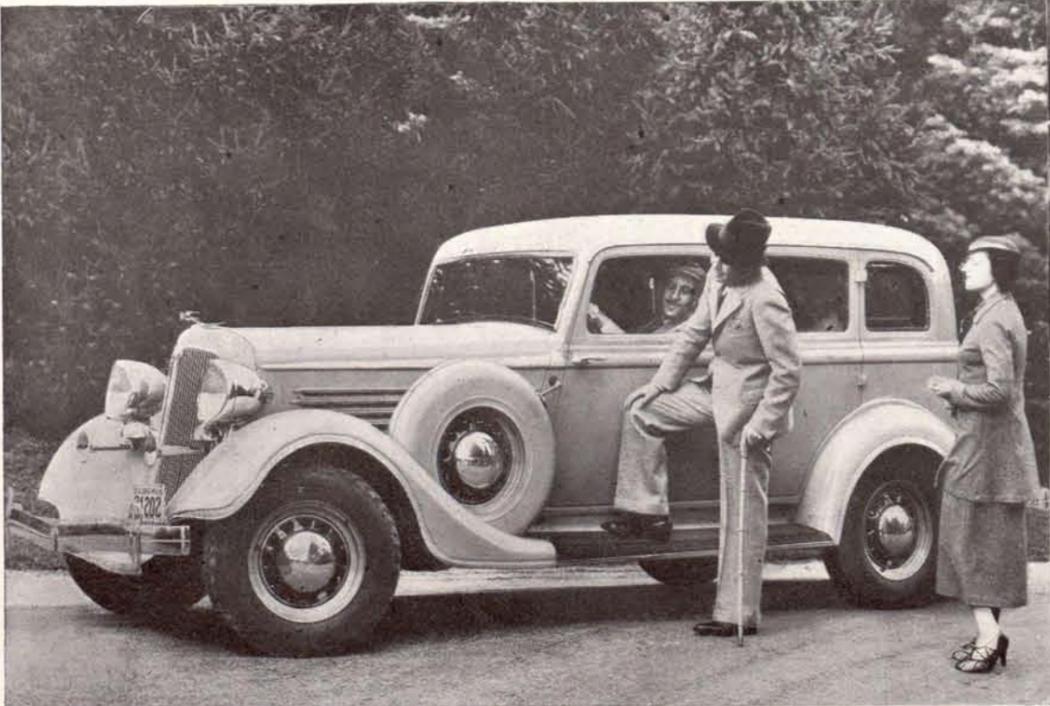
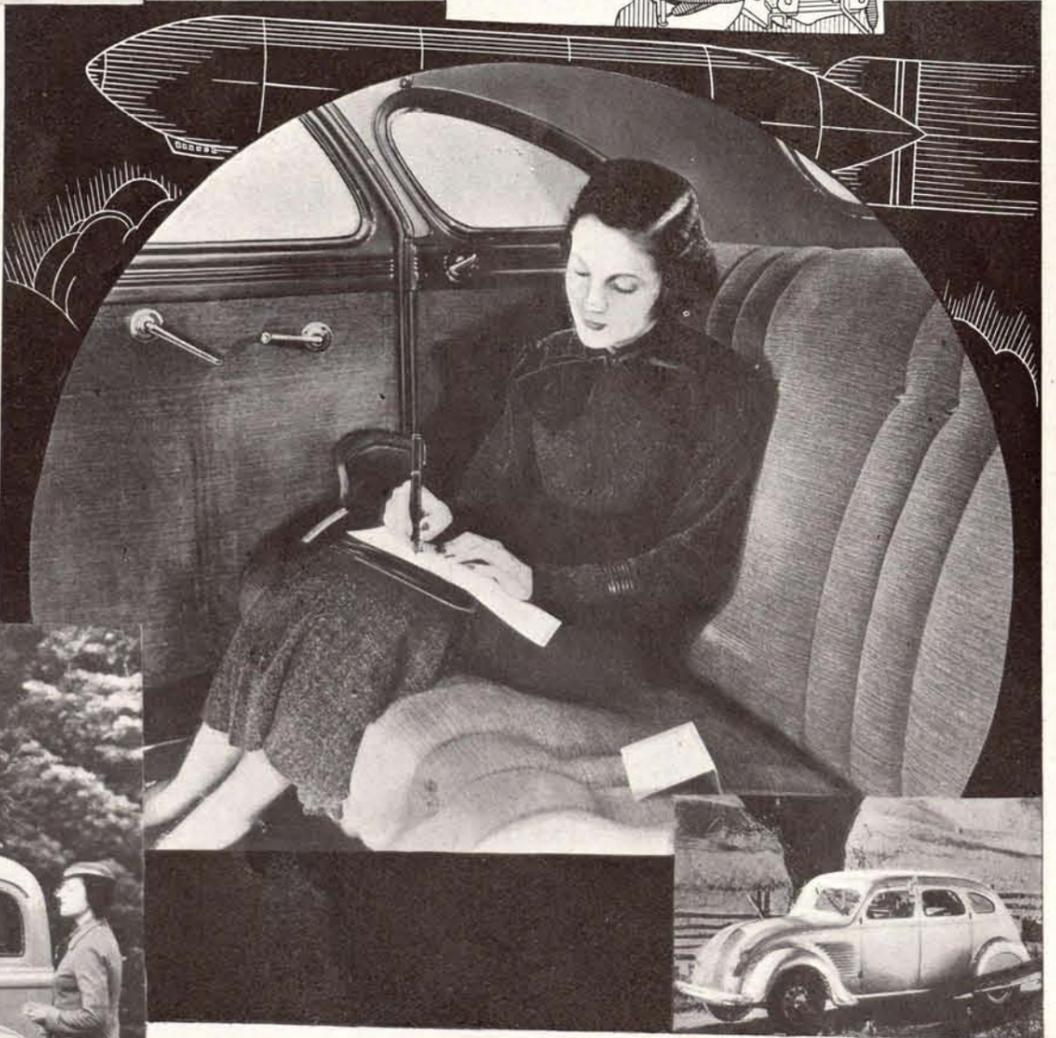


DIFERENTE

No es posible saber lo diferente que puede ser un automóvil hasta después de haber probado los Chrysler y De Soto Airflow.

Asientos cómodos como divanes, suspensión única.

Detentor de los records mundiales de velocidad y menor consumo.



DISTRIBUIDORES: **S.E.I.D.A., S.A.**

Espronceda, 36 MADRID SALONES de VENTA: Pi y Margall, 14.
Plaza de la Independencia, 5.-Génova, 11
y A. San Román, Miguel Angel, 14.
AGENTES EN TODAS LAS PROVINCIAS



ILUSTRACION
DE
SANTONJA

T R E S ELEGIAS

POR

EDUARDO

BLANCO

A M O R

I. VENDIMIAS.

En la verde molicie de tus ojos
tiempo y yo sometidos.
Si los versos maduran en mis labios
es para que tu azar no sea tan cierto.

Lisa de vanidades va tu frente,
luna impassible en los cristales altos:
todo porque en la arista de tus cejas
jamás nacieron dolorosos días.
Estos labios, con ácidos racimos,
nuestras rutas separan, desiguales.
Te ofrezco sus vendimias agridulces,
para que el día alegre de tu frente
se crucifique, al fin, sin compasiones.

Y para siempre quedas invitada
a la sobria vendimia de mi angustia.

II. MADRIGAL.

Tan conmovido espejo fuiste mío,
que, al fin, en su cristal nací de cierto;
y en su hondura adoré, narciso insólito,
mis gestos más fugaces y más puros.
¡Y todas sus honduras fueron plagios!
—mis manos modelaban en el humo—,
sombas apenas, imitadas artes,
simple intención remota sin hallazgos.
Hoy, en el inventario de tu ausencia,
sólo fragmentos de cristales hallo
con trozos de mí mismo, naufragado...

III. TARDES.

Ni una blandura véspera en tus ojos,
ni un descuidado amanecer, ni nada:
reiterada serpentina verde,
de acero verde, implacable, reiterada.
Por las tardes en cuesta, las yermas teorías,
vuelos del calendario hacia mañanas
sin amor, sin conciencia, sin odio,
sin esperas, sin nada.
Entre los dedos, sin polvo de oro,
las mariposas de las páginas.
Yo sin nosotros, sin nosotros tú,
hacia las tardes de agua lacia.

Para todo lo referente
a publicidad en SAN
SEBASTIAN, dirigirse

a D. LUIS UREÑA

Garibay, núm. 34

Corresponsal administrativo
y venta de "CIUDAD" en
V I G O

D. ALFONSO ORTEGA

V I G O

Venta de "CIUDAD" en
LA CORUÑA

Señora viuda
de Lino Pérez

L A C O R U Ñ A

Venta de "CIUDAD" en
SAN SEBASTIAN

"Librería BARBA"

Vergara, 9

San Sebastián.



DECORACION DE INTERIORES

Suele juzgarse en España el estilo francés, llamado de los Luises, como poco digno de ser tenido en cuenta, por pasado de moda. Nada más erróneo. Al lado de las más modernas concepciones en la decoración de interiores, y perpetuándose, al través de lo fugitivo de las modas, el arte encantador del siglo XVIII francés sigue imponiendo su amable tiranía en los hogares modernos.

Este interior que reproduce nuestro gráfico pertenece nada menos que a la célebre estrella cinematográfica Jean Harlow. Está concebido con un sentido ecléctico que recoge toda la época, y que aún admite algunos aditamentos provenientes de la inspiración de otros países. La decoración pertenece a una zona intermedia entre el Adams inglés y el Luis XVI. Posiblemente, está realizada en tonos grises, con el realce de las cortinas lisas y caídas, de gran elegancia, las que podrán ser en "taffetas" de un rosa viejo muy pálido, sobre visillos largos y sueltos de tul de seda o "pongée" al tono de los muros. Los muebles centrales forman un conjunto "Regence", menos la mesita, que es Imperio, con resalte de las molduras en oro viejo y medallón pintado al óleo, con retrato o escena de la época. Las maderas pueden ser laqueadas al marfil, y la tapicería de los muebles, en damasco gris plata, con rameados de carmín muy tenue, o en terciopelo de seda oro pálido de color unido. El cubrefuegos es de bronce cincelado y cristal del más puro estilo "rocaille". La silla de la derecha es Luis XIV, en madera dorada y tapicería bordada de Aubusson, con flores brillantes. Frente a la ventana de la izquierda, la nota atrevida de una silla inglesa—Hepplewhite—al lado de una vitrina de estilo francés colonial, realizada en caoba, con incrustaciones de bronce al antiguo. Dos lámparas victorianas con pantalla de pergamino muy transparente y caídas de seda marfil sobre ánforas de porcelana de colores vivos, colocadas en mesitas de "bois de rose" o de nogal opaco, completan el fino conjunto, perfectamente concebido para crear un ambiente de gran distinción y feminidad.

JEAN LAROCHE.



Las telas
más selectas
en lanería y
sedería



Pañería fina de Caballero, de gran resultado

PRECIOS ESPECIALES

CABALLERO DE GRACIA, núm. 10 (Frente al Oratorio)

"Germán y Dorotea"

Tres son las obras célebres de Goethe: el Werther, Germán y Dorotea y Fausto. La primera es una explosión romántica juvenil; la segunda, la victoria nacional de la plenitud; la tercera, la serenidad universal de la madurez. Tuvo más resonancia histórica Werther; tiene más fama mundial Fausto; es la preferida de los alemanes Germán y Dorotea, porque encarna las virtudes burguesas de aquel pueblo.



LOS pobladores germanos de las riberas del Rin huyen ante la invasión de los franceses revolucionarios; van hacia el interior de Alemania, en caravanas de hombres y de mujeres, de adultos y de niños, de animales y de enseres domésticos. Al atravesar una de las ciudades que hallan a su paso, acuden a socorrerlos los habitantes de la misma, entre ellos un gallardo joven, hijo

único de los dueños del mesón "El León de Oro", de la ciudad, que, por encargo de sus padres, lleva a los fugitivos ropas y alimentos.

El joven, llamado Germán, se encuentra con una muchacha que dirige, arrogante, una carreta de bueyes, en cuyo interior reposa una recién parida. La muchacha le pide al joven ropas para cubrir a la madre y al hijo, y Germán tiene la dicha de poder complacerla, dándole todas las que lleva. También le da los alimentos, para que ella, que parece tener ascendiente sobre los demás viajeros, los distribuya según su juicio.

La belleza, la soltura y la disposición doméstica de la joven desconocida han cautivado a Germán, quien, de regreso a su casa, no puede ocultarlo al exigente padre. El padre toma en la umbría trastienda un vaso de vino en compañía de dos vecinos: el farmacéutico y el párroco; los tres se sienten satisfechos de haber podido socorrer a los fugitivos; cuando vuelve Germán y el padre advierte que su hijo se ha entusiasmado con una forastera, se enfurece, pues él no concibe sino que su heredero escoja a una joven del lugar y rica. Germán, chocando por primera vez con su padre, no se atreve a rebelarse, pero tampoco aguanta esta vez su enérgico sermón. Sale de la estancia y se encamina al huerto casero, donde, bajo un peral, se entrega taciturno a la meditación de su súbito amor. Allí viene solicita la madre amorosa a consolarlo y a rogarle que no contraríe abiertamente al padre, que es bueno, aunque a menudo se expresa como no siente y ordena como no desea. Deben hablarle con serenidad y reflexión. Pueden ayudar eficazmente los dos vecinos.

En efecto, los vecinos acceden al instante a intervenir con sus buenos oficios para que el asunto no tome mala senda. Ni Germán ni el padre deben encastillarse en una actitud. Ellos irán con el joven hasta el lugar en que reposa la caravana y tratarán de indagar directamente quién es la muchacha desconocida. Si sus noticias son malas, Germán renunciará a su ilusión; si son buenas, el padre la recibirá como a una digna hija.

Parten, pues, los tres burgueses en el coche que, con mano segura, maneja Germán. Entre los fugitivos, traban relación con un viejo juez, que tiene todo el aspecto de un patriarca antiguo para sus compañeros de caravana, y por él saben que la joven forastera, cuyo novio se fué a París a actuar en la revolución, y no volvió, vive sola en el mundo y es de una honradez y de un temple espiritual singulares. Estaba ella en una casa de su pueblo, con otras jóvenes, cuando entraron los invasores y quisieron atropellarlas bestialmente; y ella, quitándole el sable al primero que se acercó, lo hirió y ahuyentó a los otros.

No necesitan más datos los investigadores para formar opinión. Ven a la muchacha, y pueden comprobar también que es una excelente moza. Germán, tan resuelto hasta el momento, se acobarda de pronto, pensando que la desconocida, sin duda digna de él y de su hogar, puede tener otro amor o puede no interesarse por él. Pero el párroco le advierte que todo el que solicita a un mujer se expone a un rechazo, y él debe exponerse como cualquiera. Mientras ellos corren en el mismo coche que el eclesiástico a dar la buena nueva a los padres de Germán, el joven debe requerir a la muchacha, convencerla y llevársela.

Antes de que pueda trazarse ningún plan, Germán, solo, entre los viajeros desordenados, tropieza de nuevo con la muchacha.

Alégrase ella del segundo encuentro, porque no sabe el joven qué agradecidos le están todos con las dádivas que les hizo, y Germán se anima. Sin embargo, aún no se atreve a declarar su amor. Le confiesa que ha vuelto por ella, pero que quiere proponerle que vaya con él a su casa como criada, pues

la madre necesita una joven honesta y hacendosa para los quehaceres del hogar.

Dorotea—así se llama la joven—acepta la invitación. De todos modos, los fugitivos ya no la necesitan, y ¿qué puede hacer ella sin familia en el mundo? Va a despedirse de sus compañeros, acompañada de Germán. Por la pena que su partida causa a todos advierte, una vez más el joven, cuánto ella se había hecho estimar y cuán digno era de ser querido. Desde lejos, aún la saludan, con sus pañuelos al vuelo, los fugitivos.

Anochece. El cielo amenaza con una tormenta estival. Los jóvenes atraviesan campos para llegar a casa. Mientras caminan, Germán va informando a Dorotea sobre los suyos. Dorotea cree que, por exigente que sea el padre, llegará a conformarse con su diligencia y su afecto. Poco antes de llegar al mesón, ya de noche, con la luna enganchada entre las nubes, Dorotea pisa mal en un escalón rústico y se tuerce un pie. La ampara con sus brazos el joven. Sin querer, casi se besan. Siguen el camino apoyándose ella en el hombro de Germán.

En el momento en que entran en casa, estalla afuera la tormenta de verano. Adentro, la gallarda pareja, para la cual la puerta parece poco, produce inmejorable impresión. El padre, rezongón, se satisface íntimamente al ver que su hijo ha elegido una buena moza. También él, cuando joven, sacaba siempre a bailar a la más hermosa, y con la más hermosa se casó. Pero he aquí que, ya cautivado por su futura nuera, le hace una broma sobre su casamiento, y la muchacha se ofende.

Es natural la ofensa de Dorotea; cree que va allí como sirvienta, y le parece pesada una broma en otro respecto; sobre todo—y lo confiesa enseguida llorando—porque ella había abrigado una remota esperanza de hacerse estimar con su trabajo en la casa y tal vez algún día interesar al joven. ¿Qué podía esperar en tal sentido si ya de entrada la humillaban haciéndole ver que sólo en broma puede hablarse de un posible amor entre ella, muchacha pobre, y él hijo de un rico?

Dorotea anuncia la decisión de retornar con los fugitivos. No conoce los caminos, truena y llueve; pero no importa, lo prefiere a permanecer unos segundos más en el lugar donde la reciben humillándola. El padre, que la oye, no sabe qué pensar. Por no mandarlos a todos a paseo, anuncia que se retira a acostarse. Pero entonces Germán, angustiado, aclara el malentendido, y si Dorotea ve de pronto realizada su dicha, la madre se siente bañada de felicidad, el padre, más contento aún que



DIBUJOS DE MIGUEL GOMEZ

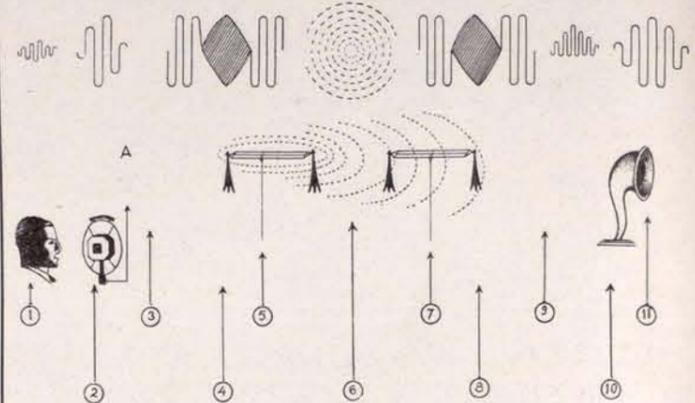
si todo hubiese venido por camino llano, los vecinos, satisfechos de su intervención, y Germán, en el colmo de la ventura al recibir impensadamente la declaración de amor de la que en unas horas ansiaba con todo su ser.

El párroco toma los anillos de boda de los padres y se los coloca a los jóvenes. Dorotea explica antes, con honda emoción, por qué llevaba otro anillo: era el del joven digno que se lo dió al partir para la revolución y no regresó nunca.

Y este es el idilio primoroso de Germán y Dorotea, dibujado por un poeta egregio sobre el fondo lúgubre de una guerra implacable.

p o r J O S E G A B R I E L

R A D I O



PROCESO DE LAS ONDAS

- 1.—Las ondas sonoras tocan el micrófono, oreja eléctrica.
- 2.—1.ª TRANSFORMACION.—El micrófono transforma los sonidos en una corriente variable.
- 3.—La corriente eléctrica variable por la frecuencia telefónica, es amplificada.
- 4.—2.ª TRANSFORMACION.—La corriente microfónica, de frecuencia acústica, y la corriente de alta frecuencia, producida por la emisora, se combinan al efectuar la emisión.
- 5.—3.ª TRANSFORMACION.—La corriente compuesta que circula por la antena crea un campo magnético y un campo eléctrico, que constituye la onda radioeléctrica.
- 6.—Las ondas radioeléctricas se propagan en el espacio instantáneamente.
- 7.—4.ª TRANSFORMACION.—La antena receptora, alcanzada por la onda radioeléctrica, crea una corriente de alta frecuencia variable, análoga a la que circula por la antena emisora.
- 8.—La corriente de alta frecuencia recibida por la antena es amplificada por medio de unas válvulas.
- 9.—5.ª TRANSFORMACION.—La corriente de alta frecuencia modulada es transformada de nuevo en frecuencia acústica, con las mismas características que a la salida del micrófono.
- 10.—La corriente modulada de frecuencia acústica, que se recibe del detector, se amplifica lo mismo que a la salida del micrófono.
- 11.—6.ª TRANSFORMACION.—Las variaciones de la corriente eléctrica de baja frecuencia se transforman en ondas sonoras, reproducción fiel de las que se emiten en aquel instante delante del micrófono.

La radiodifusión en España

Es este uno de los asuntos que más han colocado el nombre de España en una situación de indiferencia por parte de las naciones extranjeras, debido a la inferioridad que tenemos con relación a los demás países. No vamos a analizar, por ahora, las pasadas violencias internacionales, que han merecido en todo momento censuras para nuestro prestigio nacional, en lo que con la radiodifusión se relaciona; a cuantas conferencias, reuniones, conciertos, etc., hemos acudido, jamás hemos podido presentar un plan de radiodifusión digno de una nación como la nuestra, en cuya historia figura haber sido el primer país europeo que lanzó al espacio la palabra hablada; siempre hemos presentado propósitos de realización de un plan perfecto, acabado, cual corresponde, y basados en esas promesas, hemos conseguido que se nos atiendan nuestras peticiones de frecuencias en los conciertos internacionales.

Ya cuenta España con una ley de Radiodifusión votada por las actuales Cortes y en vías de ejecución plena. Es de esperar que, en un futuro inmediato, hayamos de contar con las emisoras que en ella se determinan, para que podamos, ¡al fin!, oír *broadcasting* español, con programas que contengan todos los preceptos que constituyen la medula de la radiodifusión extranjera. Lo que oímos, lo que nos atormenta diariamente, no puede calificarse como programas de radiodifusión, sino malos prospectos de anuncios, en los que la publicidad es el único esfuerzo a realizar, porque es el único postulado de las emisoras.

Si diez años son muchos para cualquier actividad de la vida, lo son mucho más en radio, cuyos constantes progresos y vertiginosa evolución producen más que nunca el efecto patente del correr del tiempo. Diez años van a cumplirse el día 2 de abril próximo de la concesión que goza Unión Radio; diez años, en los que los sucesos sobre radio han tenido hondas emociones; diez años, en los que se ha intentado por distintos medios realizar un plan de radiodifusión, sin que los descos se vieran logrados. Por encima de las conveniencias, han asomado siempre, SIEMPRE, los egoísmos.

En esos diez años, Unión Radio ha podido hacer bastante más de lo que ha hecho por la radiodifusión nacional. Los servicios de radiodifusión con que cuenta España son deficientes, conforme afirmaba el diario *El Sol* el día 14 de abril del año pasado, "y no resisten el parangón con los de ninguna nación europea, ni siquiera con las del Norte de África. De otra parte, el contenido mismo de las emisiones es, casi siempre, poco atractivo".

¿Han variado las circunstancias que señalaba *El Sol* citado? De ningún modo; no sólo no han variado, sino que cada día se hacen más insoportables, porque se llega al término de comparación, ya que la mayoría de los radioyentes españoles van adquiriendo aparatos que les permiten captar las emisiones extranjeras.

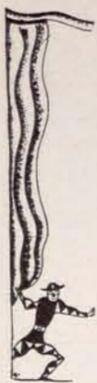
El hecho de que el Estado vaya a realizar su plan de radiodifusión no quiere decir que abandone su misión tutelar y fiscalice las emisiones, las intervenga y las ordene para evitar esa envergadura, pesada y molesta serie de ininterrumpidos anuncios, que convierten las emisiones en una cuarta u octava plana de publicidad pueblerina.

"VIAJE A ROMA"

10-19 enero.—Precio: 399 pesetas.

Cierre de inscripciones, 5 de enero.

ORGANIZACION SOMMARIVA
Pi y Margall, 12 MADRID



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

TEATRO

muy vistas! Ahora, es decir, cuando se decida a emprender nuevos rumbos artísticos, interpretará comedias alegres. ¿Sabe usted la primera obra que piensa montar?

—Ni idea.

—*Sol y sombra*, de Quintero y Guillén.

—¿Qué pasó en Lara hace varios días?

—¿En Lara?

—Me dijeron que Manuel González, el primer actor y director de la compañía, cabildaba sigilosamente con un emisario de Lola Membrives...

—No haga usted caso. Son habladurías de desocupados, que hay unos cuantos en la profesión. La cosa no tuvo ninguna importancia. El emisario de Lola Membrives, en vista de que ya no contaba con la cooperación artística de Alfonso Muñoz, fué a ver a Manuel González, y le propuso el puesto de primer actor en la compañía de Lola Membrives. El señor González recibió la proposición con lógica complacencia, pero no pudo llegarse a un acuerdo. Y no precisamente por diferencias económicas—la señora Membrives es pródiga en sus ofertas—, sino por otras razones que no es necesario reseñar.

—A propósito del teatro Lara, ¿qué tal marcha *Estudiantina*?

—Pues con un paso tan premioso, que mucho me temo que esa *Estudiantina* no pueda lucirse durante los carnavales.

—A lo mejor aprieta el paso.

—¿Quién sabe! La sorpresa es planta exuberante en los huertos de Talía.

—¡Hola!...

—Albricias, amigo mío, albricias! Ya tenía yo deseos de poder comunicarle una noticia importante. ¿Quiere saberla?

—No ansío otra cosa.

—La compañía Díaz de Artigas-Collado acaba de llegar a Madrid y se dispone apresuradamente a emprender su temporada en el teatro Eslava. ¡Suenen las campanas en alegre repique de arte!

—¿Planes de altura, naturalmente?

—Estratosféricos! Cuenta para "clou" de su temporada con *Papirusa*, una comedia de Torrado y de Navarro, que situará a estos jóvenes valores de la literatura dramática contemporánea en el pico más elevado de la montaña del talento.

—¿Y si—hecho insólito—*Papirusa*, como toda obra de calidades auténticas, no le gustara al público?

—Entonces, querido amigo, tendrían que recurrir a una comedia de Fernández del Villar o de don Honorio Maura. ¡No habría más remedio! Pero esto no ocurrirá, estoy seguro.

—¿Qué sabe usted de *Cisneros*?

—Que murió de angustia en Roa, a finales del año 1517.

—Pues ya es bastante saber.

F E I T O



Balance desconsolador

El teatro español se muere de aburrimiento

Acaba de fallecer, en agonía triste de insulseces, la temporada teatral correspondiente al año 1934. Que las almas buenas de Lope, de Calderón, de Moratín, del Duque de Rivas, y hasta de Galdós, no extremen el rigor de su desdén hacia el ridículo fantasma de espíritu dramático que se les ha entrado por las puertas del Parnaso, aprovechando un descuido imprudente de los cancerberos de la dignidad.

Ha muerto el año teatral, y en estas horas de desasosiego doloroso, en las que hasta los más duros de corazón sienten ternuras emotivas hacia lo que se va, yo, que no tengo el corazón de piedra berroqueña, ni muchísimo menos, he de confesar, sin rubores que arrebolean mi rostro, que he celebrado el estertor definitivo del pasado año de teatros con una borrachera de alegría, con un estruendo de algazara íntima, cual si se hubiese tratado de la muerte de uno de esos parientes desconocidos, tan prodigados en las comedias al uso y abuso de nuestros días, que cierran sus ojos en tierras indianas, con la tranquilidad de conciencia de haberle nombrado a uno previamente heredero absoluto de su inmensa fortuna.

Produce amargura, sonrojo, indignación pasear la vista por el espectáculo de vulgaridades—en el mejor de los casos—que han ofrecido, como regalo exquisito a la sensibilidad de España, las vitrinas más luminosas del arte dramático. Durante toda la temporada que acaba de extinguirse, las actividades escénicas se han consumido en un inocente juego de gracia disparatada y fatigosa, creada por autores de mentalidad mediocre, que limitan sus inquietudes espirituales en la línea dislocada de lo bufo. Consecuencia de este período de atrofia por que atraviesa el encéfalo del



Perlita Greco muestra sus medias SELY, de SEDERIAS LYON. La belleza natural queda resaltada con la calidad del finísimo tejido.

teatro, es el desaliento total existente en su aspecto interpretativo. Tienen los actores españoles, casi de modo general, fibra natural, intuición espontánea, cualidades, en fin, de valor positivo, que, aprovechadas inteligentemente, sometidas a una discreta disciplina artística, cuajarían, a buen seguro, en ejemplares magníficos de excelentes comediantes. Pero llegan a las cumbres de la responsabilidad sin control alguno, empujados únicamente por la fuerza de una vocación, que no basta para justificar el título de regidores de destinos de arte.

Lloran las empresas el desconsuelo de sus negocios ruinosos; plañen los cómicos, con lágrimas de angustia, los rigores terribles de un paro forzoso, por el que nadie se preocupa; tocan en algarabía de alarma una canción desesperada las campanas del derrumbamiento definitivo del tinglado escénico que levantaron en años gloriosos los genios de nuestra historia. Pero nadie, ni unos ni otros, ni autores, ni actores, ni empresarios se deciden a hacer astillas del leño de su esfuerzo y encender hogueras de nuevas orientaciones, cuyas luminarias podrían llevar al teatro resplandores de inquietud, alientos de vitalidad, promesas de resurgimiento que fueran como recios puntales en los que se apoyasen los pilares firmes de una esperanza que aún no está perdida...

Pero es inútil. La experiencia desoladora de un pasado triste, más que consuelo de posibles rectificaciones del camino gris por el que discurre nuestra literatura dramática desde hace muchos años, pone en nuestro convencimiento trabas de precedente reiterado. Porque la epidemia de flojez, de insubstantialidad, de sensación de vacío que azota al teatro español no es de ahora. Acusó sus síntomas primeros en el lapso comprendido entre la agonía del ciclo que abrió Galdós y los años juveniles del siglo actual, en que Benavente—aires de Europa llegados a España con graciosa desenvoltura—cerró el paréntesis de una época con discreto derecho a la posteridad. Desde entonces, y ya han corrido lustros, la obra dramática—con algunos intentos de dignificación, que fracasaron invariablemente entre desdenes casi generales—consume sus días entre languideces de repetición y osadías de disparate.

Y lo más triste—repetimos—es la seguridad que atenaza nuestra esperanza de posibles rectificaciones. Durante el año recién nacido, volverán a pasear por las carteleras de nuestros coliseos, con rojo descoco de mediocridad, títulos disparatados, sin otras aspiraciones de arte que las de producir carcajadas estentóreas para alivio espiritual de digestiones pesadas.

Y, posiblemente, *Yerma*, el admirable poema dramático de García Lorca, estrenado en el Español, expirará de soledad en deslumbrante agonía de versos...

A L F R E D O M U Ñ I Z

"Samaral"
CAMISERIA Y NOVEDADES
Av. Conde Peñalver. 16
MADRID

EMPORIO de VENTAS de MUEBLES
Santiago López-Maroto
Compra, venta y cambio. Hay guardamuebles.
LEGANITOS, 35.-Teléfono 11915
Carrera de San Jerónimo, 38 (antigüedades).

—Pues, señor, estoy perplejo.

—¿Por qué razón, amigo mío?

—Porque, la verdad, hasta ahora, ningún Ayuntamiento madrileño había tomado en serio el teatro Español Si no fuera así, ¿cree usted que en el escenario del "clásico coliseo" podríamos haber tolerado ciertas francachelas disfrazadas de arte? ¡Que no, vamos!

—¿Y ahora?

—Ahora las cosas parece que van a cambiar. Don Rafael Salazar Alonso está decidido a volver por los fueros del viejo "corral". Quiere que éste lo rija un Patronato inteligente; que lo encauce un director idóneo; que se contrate una compañía capaz de representar dignamente el teatro de Lope...

—Todo eso está muy bien, admirablemente bien; pero ¿en qué escondido rincón de la Península hallará el señor Salazar Alonso elementos tan fundamentales para llevar a cabo su obra?

—Tarea difícil es, en efecto...

—¡Por fin!

—Por fin ¿qué?

—Por fin ha llegado a estrenarse en la Zarzuela, después de siete aplazamientos, *Siete colores*, la opereta de Gilbert, que sale, justamente, a aplazamiento por color.

—¿Y qué?

—Una música graciosa.

—¿El libro?

—Discreto.

—¿Un éxito grande, entonces?

—Imagine usted: ¡Apoteósico!

—¿Es cierto que *La risa* sigue llenando la sala del Cómico?

—Sí; pero no se haga usted ilusiones: la llena... de carcajadas nada más. Porque ¡hay que ver cómo ríe la primera actriz de ese teatro!

—¿Doña Carmen Díaz?

—Doña Carmen Díaz, la excelentísima señora doña Carmen Díaz: la mocita sevillana más auténtica, más joven y más estilizada de cuantas florecen en los tablados nacionales. ¿Usted no la conoce?

—¡Mucho! La vi y la admiré por vez primera el año 1915, en el teatro Alvarez Quintero—en aquel año los Quintero tenían su teatro—, una noche en la que celebraba su beneficio con el estreno de un entremés titulado *Hablando se entiende la gente*. ¡Qué guapa estaba!... Ya ve usted: hace veinte años y ya era mocita sevillana auténtica, joven y estilizada.

—¡Menudo lío!

—¿Qué lío?

—El que se va a armar apenas llegue a Madrid—ya surca los mares rumbo a Iberia—Lola Membrives. Vea usted: todavía no ha hecho más que enviar cables y ya se han producido varios alborotos.

—¡Cuente, cuente!

—Recordará usted que publicó la Prensa que Alfonso Muñoz había sido contratado para actuar de primer actor en la compañía de la señora Membrives.

—Lo recuerdo. Fué a raíz de aquel disgusto que tuvo el mentado comediante con cierto grande personaje del mundillo de la farándula.

—Exacto. Bueno, pues ya no va el señor Muñoz con la señora Membrives, sino que irá—¡por lo que usted más quiera, guárdeme el secreto!—con la señora Xirgu.

—¿Pero la señora Xirgu no está unida en maridaje de arte con el glorioso señor Borrás?

—¡Ah!—insisto en que me guarde usted el secreto—. Es que el señor Borrás...

—¿Qué?

—¡Se separa de la señora Xirgu!

—¿Quién se lo ha dicho?

—Otro irresponsable. Yo no me trato más que con irresponsables como yo.

—Entonces puede ser cierto.

—Tan cierto como que el señor Borrás...

—¿Qué?

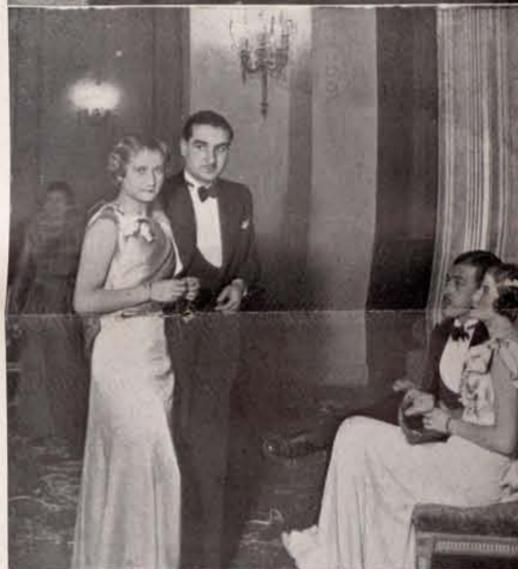
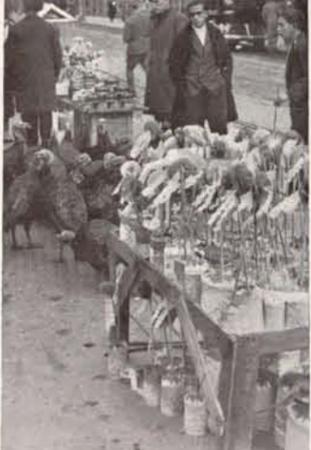
—¡Va a cambiar de repertorio! ¡Nada de *Alcaldes de Zalamea*, ni de *Tierras bajas*, ni de *Abuelos*, ni de *Esclavitudes*, que ya están

ABATIMIENTO
LA FALTA DE ENERGIA PUEDE SER PRODUCIDA POR UN DEFECTO VISUAL IGNORADO
CONSULTE EL INSTITUTO MEDICO OCULISTA
Cottet
PRINCIPE. 15 MADRID



P A S C U A S

en los salones y en la calle



Se ha dicho que los españoles se divierten de una manera zafia. Claro que esto se ha dicho por los que—peor para ellos—no conocen a los españoles. Y por los que no aprendieron a discernir—mucho peor aún—la diferencia que hay entre un cartón de Goya y un cartón de Teniers, en los cuales la gente se divierte con muy distinto estilo.

He aquí cómo se divierten los españoles en los salones y en la calle. Digna y bellamente. Publicamos fotografías del baile de los arquitectos en Bellas Artes y del jolgorio de la menestralía en la calle. Al español le hace señor cualquier ropa. El violín o el pandero: es igual para el designio de nuestro pueblo. A la hora del regocijo jamás descomposó la figura interior ni la exterior.

